

HUELLOS

litterae communionis

Revista Internacional
de Comución y Liberación
en lengua española

Mayo 2020 | 3,80 euros

05

A woman wearing a red hijab and a blue long-sleeved top stands on a floor covered with a map. She is looking towards a wall that also has a map on it. The overall scene is bathed in a warm, golden light. The maps on the wall and floor show various geographical locations and country names.

**Lo que
estamos
aprendiendo**



EL DESPERTAR DE LO HUMANO

Reflexiones de un tiempo vertiginoso

de Julián Carrón

Lo que estamos viviendo con la irrupción del coronavirus nos lleva paradójicamente a redescubrir la esencia de lo humano.

«Más que cualquier discurso tranquilizador o receta moral, lo que necesitamos es toparnos con personas en las que podamos ver encarnada la experiencia de esta victoria ante el sufrimiento y el dolor, en las que se testimonie la existencia de un significado»

Editorial

El tiempo de nuestro juicio

Fue un momento histórico, de los que se te quedan grabados en la memoria. La plaza vacía, la luz que declina dejando paso a la oscuridad, la lluvia. Y un hombre vestido de blanco que delante del Crucifijo invoca a Dios haciendo suyas las palabras de los discípulos: «Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?». ¿No te importamos nosotros? Escenas parecidas a las que veríamos después en la Semana Santa, la misa del jueves, el Viacrucis, la Pascua de resurrección... Todas reducidas a lo esencial: la presencia de Cristo y de la Iglesia universal en el signo del Papa junto con muy pocas personas. En esa oración de finales de marzo, el grito lanzado por Francisco en una plaza vacía también nos abrió un camino, precioso para quien está empezando a seguirlo. Como dijo el Papa, esta situación inédita, capaz de «desenmascarar nuestra vulnerabilidad» y de «dejar al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas», nos ha hecho palpar cuánto necesitamos a Cristo resucitado.

Este es «el momento de nuestro juicio». No de «tu juicio», subrayó Francisco dirigiéndose a Dios con audacia, sino de «nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es». Es un tiempo de conversión, sin que a esta palabra le corresponda ningún matiz moralista. Un tiempo que requiere de nosotros un juicio sobre a quién mirar, a quién buscar. Una ocasión de conocimiento.

Muchos lo han dicho en las semanas posteriores, y también en estas páginas encontrareis algunos ejemplos. Si esta emergencia dramática pasara sin que tomáramos conciencia de lo más profundo de nosotros mismos y de la realidad, sería una lástima que se añadiría al peso, al dolor por tantas muertes, al miedo. Colocaría, de hecho, otra piedra delante del sepulcro de nuestra humanidad. Nos dejaría más solos y vacíos que antes de la pandemia.

Este «tiempo vertiginoso» puede ser una ocasión para «el despertar de lo humano» como dice el título de una larga entrevista a Julián Carrón que se acaba de publicar. El presidente de la Fraternidad de CL, midiéndose a fondo con «la irrupción poderosa de la realidad, ha hecho rebrotar con todo su alcance esa exigencia de comprender que llamamos “razón”», aborda las preguntas que nos estamos planteando todos, sin concesiones ni atajos. Es casi inevitable que afloren, pero es una decisión nuestra tomarlas en serio.

De este modo este libro acompaña el intento que también hacemos nosotros. En estas páginas tenéis reflexiones, hechos y testimonios que nos ayudan a dar un paso, a aprovechar la circunstancia que estamos viviendo para descubrir siempre de nuevo qué es lo que necesitamos. Qué es lo esencial.

a cargo de
Carmen Giussani
huellas@clonline.es

María, Yago, Carlos

«María...»

Hace mes y medio, pensaba realmente que el coronavirus era una simple gripe. Cuando empezaron a llegar los primeros enfermos con radiografías de tórax espantosas lo primero que surgió en mí fue un desconcierto brutal, una inestabilidad exagerada. Nos empezamos a enfrentar a una enfermedad que no habíamos estudiado y que no teníamos ni idea de cómo afrontar (de hecho, hemos ido casi cambiando a diario la manera de tratarla). Una frustración tremenda ante tantos y tantos enfermos a los que nos daba la sensación de no estar ayudando. Al mismo tiempo, el número de pacientes en el hospital nos sobrepasaba por completo. Durante este último tiempo, además, la enfermedad ha golpeado a mi familia con el fallecimiento de mi abuela, afectando el virus también a mis tíos y a mi padre. Tantas veces decimos que somos mortales, pero madre mía cómo cambia la cosa cuando se hace carne que realmente lo somos, que la vida acaba. Qué sufrimiento pasar por la muerte y el miedo por los seres queridos. He vivido momentos de pánico total por lo que le podía pasar a mi familia. He experimentado la distancia, la soledad de los enfermos. Los he visto fallecer solos en sus habitaciones mientras las familias lloraban por teléfono al informarles de que la cosa no iba bien, o que de repente rompan a llorar y te cuenten que la mitad de la familia está gravemente enferma. He pasado de hacer una medicina del siglo XXI a hacer una medicina de guerra, de trincheras. Esto ha sido para mí vivir intensamente la realidad. Una realidad ante la que mi razón se impacienta y se rebela. Yo no estoy hecha para la muerte, para la distancia con los pacientes, para la soledad, para hacer una medicina de guerra en la que apenas luchamos por mantener con vida como podemos a los que tienen más posibilidad de subsistir. Ante todo esto me he encontrado con el pánico, llorando desconsoladamente o paralizada completamente en mi despacho del hospital. Ha habido múltiples cosas que me han rescatado de la nada y me siguen rescatando, y todas ellas me hacen caer en la cuenta de que en la barca está de timonero el Señor. En el vídeo de *Medicina y Persona*, un médico italiano dice que él trabaja por la salud, pero

que la salud solamente es un medio, que el verdadero fin de la vida es conocer a Otro. Esto me ha hecho poner todo patas arriba, porque ha roto de nuevo mi medida mezquina y me ha hecho volver a caminar. Además, hace unos días, mi hermana Paloma, mientras yo le ponía delante todas mis preguntas incidiendo en que no sabía cómo el Señor iba a sacar algo bueno de todo esto, se paró y, muy seria y segura, me dijo: «María, el Señor ya ha pasado por la muerte, fue crucificado y ha resucitado por todos nosotros». Me dejó completamente en silencio, y de hecho me ha acompañado durante todos estos días. En medio de todos mis pensamientos, esto no había sido el punto de partida en ningún momento. Qué cambio iniciar el día en relación con Aquel que ya ha atravesado y vencido el dolor... En este tiempo se ha hecho más esencial que nunca la compañía. La he entendido más que nunca; ante este reto no me valen simples palabras. Compañía en este momento han sido ciertos rostros (mi marido, mis amigos, mi familia, Juanito...) que se me venían a la cabeza y que mirándolos no podía negar que Él me quiere y mucho. Una de las veces que venía de trabajar llorando como una Magdalena le decía a mi marido que no quería que se murieran mis pacientes, que estaba cansada, que no podía más con tanto dolor; y él, mirándome, al cabo de un rato de silencio estando delante del dolor, de lo que le contaba, murmuraba que él también se moriría algún día, que era un milagro que nos hubiéramos casado y que eso sin que Cristo hubiera resucitado habría sido completamente imposible. Esos ojos de cielo me sostenían, me sostienen, en pleno vuelo.

María, Madrid

Las manos del Señor

En casa somos tres. La casa es grande y nos llevamos bien. Al día siguiente de empezar el confinamiento diseñamos un horario que nos ordenara la vida, para no malvivir el tiempo que se nos ponía delante. Empezamos el confinamiento muy impresionados. Pero a los pocos días me di cuenta de que, a pesar de haber pasado de vivir en el mundo a vivir en mi casa, dentro de este nuevo espacio

había encontrado un hueco y un modo para asegurar mi comodidad. De alguna manera me las había apañado para lograr una especie de tiempo dentro del tiempo donde volver a ser yo el patrón. El Señor me regaló darme cuenta y en el rosario empecé a reservar el quinto misterio para pedirle a la Virgen que me regalase un nuevo deseo de Dios, o mejor, volver a necesitarle. Pocos días después mi hermana me contó que en la residencia donde vive mi madre necesitaban ayuda. Hay cosas que oyes y no las oyes. Y hay cosas que las oyes y te sacuden. Algo así no solo suponía abandonar mi pequeño espacio de comodidad y gobierno sino deshacer la buena convivencia que el Señor nos había estado regalando a los tres durante los primeros días del Covid. No sabía qué hacer. Lo cierto es que hubiese preferido que no me hubiesen dicho nada, y poder seguir viviendo protegido por el horario de mi nueva vida. Le pedí al Señor que me diese alguna pista. En la primera lectura de la Misa de ese día, del profeta Ezequiel, el Señor dice: «Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os haré salir de vuestros sepulcros, pueblo mío». En la cena lo hablamos. Muchos de los ancianos de la residencia dieron positivo a la prueba del virus. Si yo ese lunes empezaba como voluntario, a partir de ese momento, debería pasar de vivir en mi casa a vivir en mi habitación, para achicar posibilidades de ser transmisor del Covid. Del mundo a mi casa, y de mi casa a la habitación. A la mañana siguiente me confirmaron que podía empezar esa misma tarde. Llegué a la residencia algo antes de las cinco. La directora estaba de baja, también enferma. Me recibió la segunda de abordó, y cuando le pregunté cómo estaba se puso a llorar detrás de su máscara. Dos días después, la médico de la residencia, ahora también de baja por el virus, me pidió que la acompañara a la planta donde habían aislado a los enfermos contagiados. Las medidas de prevención son tantas que desorientan: máscara, otra máscara, traje con capucha, escafandra, guantes, bolsas para los zapatos; no se consigue respirar bien y se empañan las gafas. Aunque vestido de astronauta, pude estar con mi madre. Con guantes, pero la pude acariciar. Le di la unción de los enfermos. Ella estaba dormida, así que no sabe que estuvimos juntos. Lo sabe el Señor. Me invadía el corazón un pensamiento: varios hijos o miles de sacerdotes, pero otra vez era yo el que podía estar con ella, como en otros momentos importantes de los últimos años de su vida. La vocación sacerdotal lo ha hecho posible. ¡Gracias, Señor! Pude estar con el resto de los residentes enfermos, con cada uno, sin prisas, también sin abrazos. Soy mal enfermo y no me quería contagiar, pero allí en la planta de los aislados toqué a cada uno, porque Cristo toca. El trabajo con los ancianos me ha ayudado a descubrir de nuevo que la vida es vocación: el Señor llama

y el camino concreto de la vida lo propone Él. El pasado viernes, al empezar las vísperas, me regaló un par de frases en el primer salmo que fueron una confirmación maravillosa en la tarea empezada: «Dichoso el que cuida del pobre y desvalido; en el día aciago lo pondrá a salvo el Señor. El Señor lo guarda y lo conserva en vida, para que sea dichoso en la tierra, y no lo entrega a la saña de sus enemigos. El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor, calmará los dolores de su enfermedad». Nos avisaron de que trasladaban a mi madre a un hospital, también ella contagiada, para poder asegurar una mejor atención médica. ¿Tenía que seguir yendo ahora que ni siquiera mi madre estaba ya en la residencia? Mi madre está más lejos, si cabe, pues no conocemos a quien la cuida ahora en el hospital. Pero mi tiempo en la residencia como voluntario me ha desvelado una cosa preciosa: los ancianos con los que he estado pasando estas tardes no estaban solos porque yo estaba con ellos. Quizá las familias no lo llegarán a saber, pero yo estaba con ellos. Algunos por la edad muy avanzada y otros por alguna enfermedad degenerativa, al pasar el rato o al empezar una nueva tarde, tampoco me recordaban, pero no estaban solos. Ahora no sé quién está con mi madre en su hospital, qué manos la cuidan ni qué cariños recibe, pero son las manos y los cariños que ha elegido el Señor para ella en este momento importantísimo de su vida.

Yago, Castellón

Una Semana Santa especial

En mi tierra es costumbre irse unos días de misión en Semana Santa, pero este año con la llegada de la pandemia, no ha sido posible. Así que en este tiempo de cuarentena estoy solo en Caracas. He podido leer los libros que he querido, escuchar las canciones que quiero, rezar, seguir las propuestas virtuales de la Iglesia y el movimiento, he tenido conversaciones con amigos, nos hemos juntado algunos para realizar una especie de concierto virtual para celebrar la Pascua. He descubierto que la misión de esta Semana Santa era mi corazón, Cristo quería venir a mí otra vez. Él ha logrado volverme a colocar como un niño frente al teléfono, una misa online, los audios de un grupo de WhatsApp. Todo esto para descubrir que la potencia de su muerte y resurrección no está condicionada a «irme de misión» sino a decirle sí en todas las circunstancias. Me he dado cuenta de que a lo largo de la historia los santos no necesitaron otra cosa que no fuese Cristo y que lo demás viene por añadidura. Pido poderlo experimentar y que se me conceda una actitud de asombro ante la realidad que se me da.

Carlos, Venezuela



HUELLAS

Revista internacional de CL
Edición en lengua española - Año XXIV

Directora

Carmen Giussani

Edita

Asociación Cultural Huellas

Colaboradores

M^a Carmen Carrón, Rafael Gerez,
Fernando de Haro, Cristina López Schlichting,
Pablo Luque, Juan Orellana, Alver Metalli,
Juan Miguel Prim, José Luis Restán, Ignacio
de los Reyes Melero, Ignacio Santa María

Maquetación

Imán Comunicación Agencia Hiperactiva, S.L.
Ignacio Zuloaga, 16
28522 Rivas-Vaciamadrid
Tel.: 91 804 50 48 - Móvil: 653 866 522
www.agenciahiperactiva.com

Redacción

Luis de Salazar, 9. Local 4
28002 MADRID
Tel.: +34 91 523 14 04
Fax: +34 91 416 40 92

Suscripciones

Pilar Pérez Herreras
e-mail: huellas.secretaria@clonline.es
Lunes a viernes de 10 a 14

Publicidad

Luis de Haro
e-mail: huellas.publicidad@clonline.es

Impresión

Artes Gráficas Cofas, S.A.

Web: clonline.org

Facebook: ComunionLiberacion

Twitter: @C_y_Liberacion

Precio por ejemplar: 3,80 €

Suscripción anual:

España: 38,00 €
Europa: 60,00 €
Resto del mundo: 65,00 €

Depósito Legal

M-17470-1994

ISSN

1695-5137

Imagen de portada

ARGO | argoimago.com



© Fraternità di Comunione e Liberazione
para los textos de Luigi Giussani y Julián Carrón

01 Editorial

02 Cartas

05 Primer Plano

6 *El silencio del mundo*

8 *Cambio de vida*

14 *«¿Qué buscamos realmente?»*

18 *Job y sus amigos (o la prensa española
ante el coronavirus)*

22 *Un resquicio que lo invade todo*

26 *Obras amigas*

30 *En el lugar adecuado*

34 *La reanudación de lo humano*

36 *Un «aquí estoy» continuo*

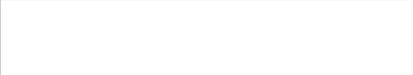
41 Rutas

*Un texto de don Giussani sobre el Rosario,
una entrevista al músico Marcos Vinicius
y un viaje por el arte que ha nacido de la fe
en momentos de prueba*

53 El libro del mes

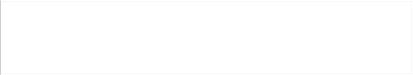
54 La foto

56 La historia



primer plano

*Las preguntas
y el comienzo
de un camino.
Para vivir
humanamente
este tiempo
sin precedentes*



*Lo que
estamos
aprendiendo*





Plaza de San Pedro, 27 de marzo:
la oración del Papa.

El silencio del mundo

7

Preguntas. Muchas preguntas. Y agudas, de las que se clavan dentro. Las tenemos todos en este momento que nunca antes habíamos vivido. Y resulta indispensable afrontarlas, para que los meses de emergencia no pasen sin haber despertado verdaderamente nuestra humanidad, sin haberla hecho crecer. Sin aprender.

Este es el hilo conductor del Primer Plano. Empezando por la entrevista a Maurizio Maggiani, uno de los escritores italianos más famosos, pero sobre todo una persona con una profundidad veraz, franca, de raíces sólidas como su tierra, que tanto ama. Luego, una breve reseña de reflexiones que han surgido estos días en los periódicos del mundo entero (como las que podéis consultar en los informes de prensa publicados en la web de CL, clonline.org) por parte de aquellos que se han dejado tocar hasta el fondo. Y un recorrido que relea algunas de estas tomas de posición a la luz del libro de Job, una poderosa piedra que sirve de parangón a la hora de hablar de un dolor inexplicable.

Le siguen historias y testimonios. Desde los Bancos de Solidaridad, llamados a un mayor esfuerzo para ayudar a los pobres, pero también a una gran ocasión para descubrir mejor el valor de su actividad. Desde América del Sur, donde una red de amistad operativa está poniendo en común sugerencias, ayudas, ejemplos. Desde Estados Unidos, con el relato de un médico en primera línea en la lucha contra el virus. Y nuevamente desde Italia, con un testimonio muy personal de Giorgio Vittadini, presidente de la Fundación para la Subsidiariedad, y una entrevista al padre Sergio Massalongo, prior benedictino del monasterio de la Cascinazza. Para entender mejor cómo hasta un momento de silencio y soledad puede convertirse en una riqueza para todos. (dp) ■

Cambio de vida

Hacerse preguntas como el «principal bien» en este tiempo inaudito y dramático. Ahora que la realidad ha irrumpido, después de una época en la que parecía que no podía haber nada “más” ni “mejor”, nos encontramos en una encrucijada. Hablamos con el escritor Maurizio Maggiani



Alessandra Stoppa

«**A**gradezco a la vida que me haya puesto ante esta encrucijada. Ante esta crisis, que es la mayor pregunta que se me plantea desde que nací». Así describe el momento presente, sin precedentes, el escritor Maurizio Maggiani. La realidad ha irrumpido como un seísmo en la «explanada inmutable» en que vivíamos, en una época que, según dice, «parecía acabar ahí», como si desde ese fondo nos estuviera preguntando: «¿pero qué más puedes querer?, ¿qué hay mejor que esto?». Ahora, al considerar lo que hemos aprendido tras el derrumbe de nuestras seguridades e ilusiones, si es que hemos aprendido algo, y cómo podrá durar, cree que la primera ayuda viene del hecho de que ante esta encrucijada, «en esta situación extraordinaria, impensable», no podemos estar eternamente. «Por tanto, debemos elegir». En este diálogo explica cuál es la opción. *Huellas* lo ha encontrado inmerso en su «privilegio», una gran casa aislada en medio del campo, donde cada día su vecino Giorgio sale en tractor y le saluda desde lejos, en silencio, preocupado por un coleóptero que está dañando sus viñas.

Premio Strega, autor alérgico a los ambientes literarios, Maggiani escucha, mira la naturaleza que vuelve a respirar, «la creación que ha roto su cuarentena y ha salido de las múltiples prisiones en que la habíamos relegado». Podría hablar largo y tendido de la nutria que vio ayer, «timidísima», del bullicio de los patos, del almendro florecido antes de tiempo. «Nosotros somos el virus dominante de este planeta», dice. «Pero a diferencia del virus que hoy amenaza nuestro dominio, el hombre decide destruir a su anfitrión. Hemos consumido la creación hasta agotarla. Ahora hemos sido devueltos a la antigua historia de quién domina a quién...».

La brecha abierta por el coronavirus afecta a todo, y cree que nos invita a preguntarnos quiénes somos, ante la inmensidad y ante nosotros mismos, a entender qué queremos por encima de todo lo demás. «¿Salvar nuestros



cuerpos?». En este tiempo, su actividad se ha convertido en pregunta, algo que considera el «principal bien».

¿Por qué interrogarse –ese «hábito de la razón» como ha escrito en *La Repubblica*, o ese «cuidado de lo inconsciente»– es ahora más necesario que nunca?

Qué mejor momento que este para preguntarse. Puesto que solo hay una soberbia y estúpida selección de soberbias y estúpidas respuestas. En su opinión, ¿Cristo fue al huerto de Getsemaní a buscar respuestas o a hacerse preguntas? En el momento de mayor crisis y en la más terrible soledad, fue a preguntar. Las respuestas vienen si se hacen las preguntas adecuadas. Ninguno de nosotros puede compararse a Cristo, pero estamos en una crisis, en un Getsemaní. No digo que haya que aceptarlo, pero sí tomarlo en consideración.

¿Usted cómo lo considera?

Para mí es la mayor crisis, y por tanto supone la mayor pregunta que se me plantea desde que nací. Tengo 68 años, he vivido varias crisis. Pero esta es la mayor pre-

gunta, porque es ineludible. Mire, es un momento que aparentemente nos obliga a una sola acción: retirarse, defenderse. Se habla, con razón, de una “guerra”, pero los virus no declaran guerras, no saben qué es la guerra. Un ser minúsculo, con su comportamiento natural, me obliga a una posición inaceptable, inaudita, nunca vista, de retirada. Solo que, si nos fijamos, la restricción la ponemos nosotros. Según la psicología de masas, que se forma fácilmente, nosotros nos quedamos en casa para no propagar la enfermedad, como debe ser, pero es como si ya estuviéramos todos enfermos.

¿Se refiere a la «penetrante idea de una enfermedad general»? No le ha gustado la propuesta que le han hecho de leer, junto a otros autores, libros para la gente que está en su casa. ¿Por qué?

Es una “generosidad” a la que temo tanto como al contagio, dar apoyo para sostenernos, un ansia por alimentarnos... Es típico del enfermo “darse ánimos”. ¿Pero es que no puede uno leer un libro solo? ¿Qué ha pasado, ha habido una mortificación de la voluntad y de la capacidad? Para mí, esta es la cuestión, si la crisis implica una minusvaloración del espíritu y de la inteligencia...

O si en cambio sirve para provocar nuestra razón.

Una crisis es un cambio que pide cambios. Es una pausa, como en una ruta, un buen momento para pensar en todo. Por ejemplo, yo tengo que pensar que tengo una edad en la que, si acabo en el hospital, puedo ser de los que se quedan al margen, y es bueno que yo lo sepa. Es bueno saber que no tengo derecho a todo. En todo caso, tengo miedo a esta enfermedad. Aunque luego está la enfermedad del ser.

¿En qué sentido?

Perdone, no quiero meterme en su “casa”, pero esa idea escandalosa de los santos que tocan a los leprosos... No se trata de un cuento ni del relato de una perversión. Es la idea de que el mal se cura, se vence, no retirándose. Con todos los riesgos que eso implica. Los riesgos que hoy corren médicos y enfermeros. Algo que para nosotros es metafórico para ellos no lo es, pero vale igualmente: “tocar”, afrontar... Lo que quiero decir es que no nos salvaremos huyendo, con la mera protección. Si todo lo que tenemos que hacer es salvar nuestros cuerpos y basta, ¿qué haremos? ¿Qué haremos con nuestro cuerpo?

A las preguntas que usted plantea, que son muchas y que a veces censuramos –como, por ejemplo, ¿de qué tengo miedo?, ¿por qué hasta ayer daba la vida por

«No nos salvaremos huyendo, con la mera protección. Si todo lo que tenemos que hacer es salvar nuestros cuerpos y basta, ¿qué haremos? ¿Qué haremos con nuestro cuerpo?»



Maurizio Maggiani (Castelnuovo Magra, La Spezia, 1951), al terminar sus estudios, dio clase durante un año en la prisión de La Spezia. Entre sus obras, *El coraje del petirrojo* ganó el Premio Viareggio y el Campiello en 1995; en 2005 *El viajero de la noche* obtuvo el Premio Strega y en 2015 *Il Romanzo della Nazione* el Premio Elsa Morante.

descontado?, ¿y por qué mañana tendría que valer algo?-, ¿a estas preguntas es posible dar respuestas y «respuestas razonables», como usted desea?

No nos responderemos solos. ¡No debemos respondernos! A Cristo las respuestas no le llegaron estando solo, sino por el camino que hizo, con la cruz a cuestas, hasta el final. Del mismo modo, nosotros, que nos consideramos adultos, podemos juntarnos, buscarnos para responder juntos... como estamos haciendo usted y yo ahora. No quisiera salir de este “estado de alarma” sin saber que somos mejor de lo que creemos ser. O de lo que parecería conveniente ser. Por tanto, es necesario que cada uno se haga esas preguntas, porque nos sitúan en un espacio menos restringido, nos quitan los barrotes de la prisión en la que estamos confinados. Pregun-

tarse es poner orden. ¿Cómo? Pues justamente preguntando, haciendo preguntas. Así la “bestia”, no en sentido negativo sino entendida como la fuerza caótica, puede aplacarse. Toda nuestra protervia y soberbia se aplaca delante de las preguntas.

¿Y la respuesta?

Está ya en la pregunta.

¿En qué sentido?

Pienso en cuando realizo un gesto que me causa incertidumbre, en una sucesión inesperada de acontecimientos, un gesto que no me explico. Y me pregunto por qué, ¿por qué lo he hecho? El hecho de preguntármelo ya lo redimensiona, lo restringe a un espacio mío, de mi alma. Preguntarse, “pararse”, “detenerse”... no es la respuesta, no. Pero es el inicio del camino de la respuesta.

Preguntarse si basta con estar sanos, con salvar nuestros cuerpos, le lleva a escribir que «la vida no es lo contrario de la muerte». La realidad actual, que nos pone ante el dolor, la muerte y el miedo a ella, nos empuja a buscar el significado, abre “la” pregunta sobre el sentido de vivir.

Así es. Mire, yo no quiero morir, yo tengo una genética campesina. Vivo firmemente entregado a la vida, ajeno al mal de vivir, porque procedo de generaciones que han luchado hasta el extremo por no morir. Pero pongamos el caso de que, cuando acabe, me pidan cuentas. El Viejo abrirá su enorme libro y dirá: “Maggiani... Maurizio Maggiani. Veamos...”. No me pedirá cuentas de las novelas que he escrito.

¿Y de qué le pedirá cuentas?

De cuánta vida he generado a cambio de la que he consumido. Mis

«Era el fin de la historia.
Un páramo infinito,
una tierra llana. Y de pronto
un movimiento telúrico
ha sacudido esa explanada
inmutable provocando
un paisaje turbador.
Y ahí estamos, en la cima
de esa cresta. Por un lado
está lo que había, por otro
lo que no sabemos»

12

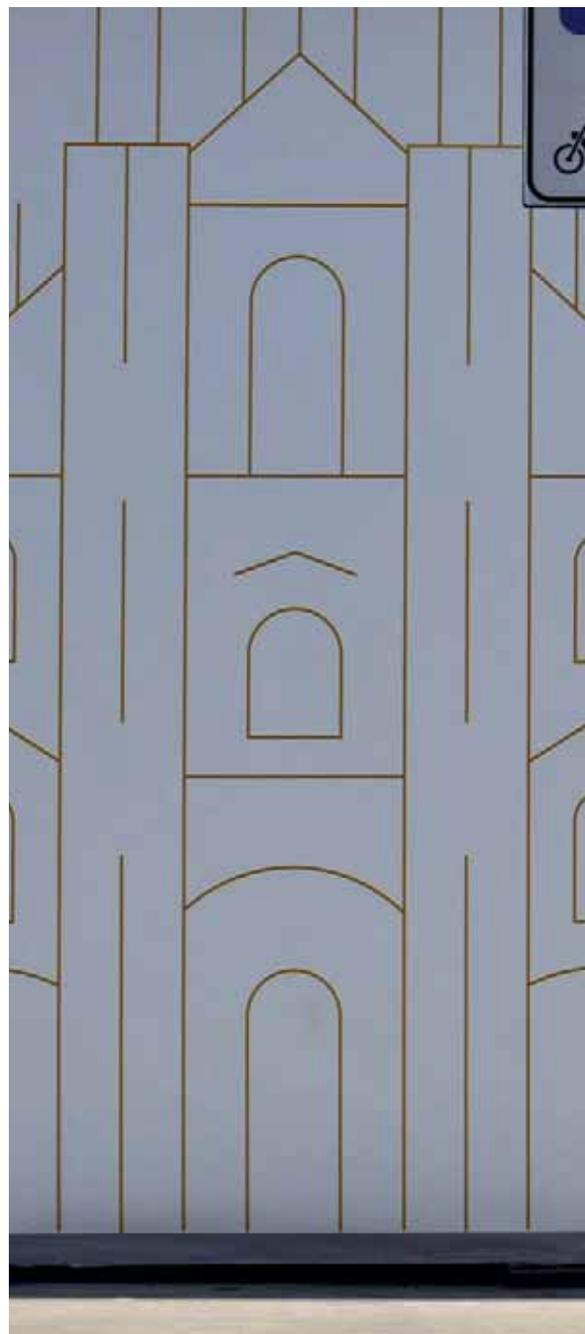
padres, campesinos analfabetos, no solo lucharon por salvar el pellejo, también me enseñaron algo: que lo que es bueno, lo ves. Porque es vida. Genera vida. Usted sabe qué es la vida... Y no es levantarse por la mañana, despertarse vivos. Es dar la primera mirada del día, el primer gesto. O es un gesto para la vida o es un gesto para la muerte. Pienso en la Gehena, el infierno de Jerusalén donde acaba el “malvado”, aquel que no se puede distinguir en medio de la basura. Le parecerá una expresión vulgar, pero el que se distingue es el “buen hombre”. Aquel que nunca se confunde con un material cualquiera, consumado y acabado.

Sobre lo que decía de “pararse”, “detenerse”, ¿qué le para a usted en la experiencia de este momento?

La sorpresa, ser sorprendido. He tenido una vida extremadamente afortunada, he vivido épocas interesantes, se me ha concedido vivir experiencias importantes, hermosas, desagradables. Pero agradezco a la vida que me haya llevado a una encrucijada, a esta encrucijada actual.

¿Por qué?

Estábamos en una época que parecía acabar ahí, como si ya no pudiera suceder nada más, todo tenía su propia lógica, intacta. El sistema parecía intocable. Vivíamos como diciendo: ¿pero qué más se puede querer?, ¿qué hay mejor que esto?, ¿dónde puede haber más y mejor? Era el fin de la historia, el orden universal constituido. Un páramo infinito, una tierra llana. Y de pronto un movimiento telúrico ha sacudido esa explanada



da inmutable provocando un paisaje turbador. Y ahí estamos, en la cima de esa cresta. Por un lado está lo que había, por otro lo que no sabemos.

¿Qué es lo que permite no “volver atrás”, y sobre todo mantener abiertas las preguntas? ¿Dónde mira usted?



© betti_maggi

13

Lo que me ayuda es no poder fingir como si no pasara nada. No estaremos sobre esa cresta eternamente, la fuerza de gravedad empuja hacia abajo, por un lado o por otro. En esta posición extraordinaria, inimaginable, no nos podemos quedar. O miramos hacia lo que creíamos que estaría presente hasta el infinito, o miramos hacia lo que no

sabemos. Puedes decidir entre dejarte arrastrar hacia atrás o lanzarte hacia adelante. Si sigo vivo, desde esa cresta no solo podré ver sino también decidir. Decidir adentrarme en lo que no conozco. Contribuir a la navegación en medio de un mar desconocido. Si Ulises llegó hasta *allí* no fue solo porque atravesó una masa de agua sino porque

la transformó. Si existe una razón por la que estamos aquí, aparte de lo que usted llamará pecado original, tendremos también una tarea, podremos turbar esta extensión de agua. Y turbar es vida.

Cuando tiene miedo, ¿cómo logra vencerlo?

Mirando a mi mujer. ■

«¿Qué buscamos realmente?»

Algunos flashes de la prensa europea (en la web de CL está disponible una amplia selección de artículos)



Julia Kristeva (*La Lettura*, 29 de marzo)

Me llama la atención la incapacidad contemporánea para estar solos. Toda esta exaltación hiperconectada nos hace vivir un aislamiento delante de las pantallas que no abole la soledad sino que la enquistada en las redes sociales, la engloba en mensajes y datos. Personas ya devastadas por la soledad se descubren hoy solas porque tienen las palabras, los signos, los iconos, pero han perdido la carne de las palabras, la sensación de compartir, la ternura, el deber hacia el otro, la preocupación por el otro. La carne de las palabras la ofrecemos como pasto del virus y la enfermedad, pero ya éramos huérfanos de esta dimensión humana que es la pasión compartida. (...) De repente nos damos cuenta de que estamos solos y no tenemos contacto con nuestro fuero interno. Somos esclavos de las pantallas que no abolen la soledad, sino que la absorben. (...)

La epidemia nos obliga a confrontarnos, más que con la soledad, con el límite y la mortalidad. La situación actual nos hace entender que la vida es una supervivencia continua porque existen límites, obligaciones, fragilidades, una dimensión que estaba muy presente en las religiones y que el humanismo contemporáneo tiende a eliminar. Igual que se tiende a expurgar de nosotros la cuestión de la mortalidad, el mayor límite que forma parte de la naturaleza y de la vida. ■

Alain Finkielkraut (*Le Figaro*, 26 de marzo)

Hasta ayer, los mensajeros éramos mayoría. Michel Serres, tomándose las palabras al pie de la letra, decía incluso “de los ángeles”. Liberados del peso de la pertenencia y de eso que Heidegger llamaba, para designar la existencia humana, el “ser”, nunca estábamos quietos. Estábamos ebrios por la eliminación de las distancias. La fluidez, la movilidad, la ubicuidad, habían sustituido los viejos modos de habitar y pensar en la Tierra. (...) El “desarraigo” se habría convertido en la ley universal del mundo humano. Y luego va un virus que se insinúa entre los ángeles, y lo estropea todo. Nuestra realidad ha empezado a parecerse a una película de catástrofes. El movimientismo ha dado paso al confinamiento y, queramos o no, nos vemos sometidos al imperativo que resumía para todos los *millennial* el espíritu reactivo: “¡Quédate!”. (...)

Nos repiten sin cesar que el 98 por ciento de los pacientes infectados por el coronavirus se cura. Si la lógica económica reinara sin contraste, nuestras sociedades habrían optado por dejar que sucediera. La mayoría de la población habría enfermado y se habría inmunizado. Morirían los más viejos, los más vulnerables, las bocas inútiles en resumen. Pero no hemos querido esa selección natural. Y si el confinamiento es cada vez más rígido, es precisamente porque se quiere evitar el colapso de los hospitales y la selección de enfermos: este no que casi no respira; este sí que tiene la fuerza propia de la edad. Tal vez la guerra obligue a estos ejercicios de prioridades. Pero horrorizan. La vida de un anciano vale tanto como la de una persona en plena posesión de sus fuerzas. La afirmación de este principio de igualdad en un periodo tan tormentoso como el que estamos atravesando demuestra que el nihilismo aún no ha vencido y que seguimos siendo una civilización. ■





Jean-Pierre Le Goff (Le Figaro, 18 de marzo)

En nuestra vida cotidiana ha entrado una pandemia de coronavirus, y la angustia por la enfermedad grave y la muerte se ha colado en las relaciones sociales. Nuestros puntos de referencia familiares y nuestro mundo vacilan, con posibles efectos de desorientación. (...) El fenómeno del coronavirus ha sacudido y debilitado actitudes y maneras de vivir que podían parecerse intangibles hasta que llegó. Estas actitudes y maneras de vivir estaban tan intrínsecamente ligadas a la vida moderna que ya no les prestábamos atención. Hoy, lo que nos parecía “natural” deja de ser evidente. Tenemos que confrontarnos con la tragedia y volvemos a encontrarnos de nuevo

ante los límites de nuestra condición, ante la “fragilidad de las cosas humanas”, de las obras y las instituciones. Este tiempo en suspenso puede ser la ocasión de volver a centrarnos en lo esencial, para intentar comprender los desafíos de nuestro tiempo y empezar a sacar ciertas lecciones. (...) Las democracias modernas se enfrentan a un desafío sin precedentes que saca a la luz sus debilidades internas y al mismo tiempo invita a gritar, haciendo un llamamiento a los recursos humanos que siempre están presentes. Esta prueba a la que nos enfrentamos nos obliga a seleccionar las palabras y expertos de los que podemos fiarnos porque saben de qué hablan

y asumen sus responsabilidades, en sus discursos y en sus actos. En este caso, la educación primaria, la experiencia humana y profesional, y compartir un sentido común resultan decisivos. (...) Estemos lúcidos. Con esta crisis, los lobos no se transformarán en corderos y los ajustes de cuentas entre políticos no desaparecerán. Pero la amargura impotente y la observación cínica ya no parece que estén en boga a la hora de afrontar esta prueba sin precedentes. La epidemia nos obliga a confrontarnos con una historia trágica sin escapatorias. Más allá de las incertidumbres de la política, cada uno de nosotros tendrá que extraer las debidas lecciones. ■

Byung-Chul Han (*El País*, 22 de marzo)

En realidad hemos estado viviendo durante mucho tiempo sin enemigos. La guerra fría terminó hace mucho. Últimamente incluso el terrorismo islámico parecía haberse desplazado a zonas lejanas. (...) Vivimos en una época en la que ha perdido su vigencia el paradigma inmunológico, que se basa en la negatividad del enemigo. Como en los tiempos de la guerra fría, la sociedad organizada inmunológicamente se caracteriza por vivir rodeada de fronteras y de vallas, que impiden la circulación acelerada de mercancías y de capital. La globalización suprime todos estos umbrales inmunitarios para dar vía libre al capital. (...) Los peligros no acechan hoy desde la negatividad del enemigo, sino desde el exceso de positividad, que se expresa como exceso de rendimiento, exceso de producción y exceso de comunicación. La negatividad del enemigo no tiene cabida en nuestra sociedad ilimitadamente permisiva. La represión a cargo de otros deja paso a la depresión, la explotación por otros deja paso a la autoexplotación voluntaria y a la autooptimización. En la sociedad del rendimiento uno guerrea sobre todo contra sí mismo. Pues bien, en medio de esta sociedad tan debilitada inmunológicamente a cau-

sa del capitalismo global irrumpe de pronto el virus. Llenos de pánico, volvemos a erigir umbrales inmunológicos y a cerrar fronteras. El enemigo ha vuelto. Ya no guerreamos contra nosotros mismos, sino contra el enemigo invisible que viene de fuera. El pánico desmedido en vista del virus es una reacción inmunitaria social, e incluso global, al nuevo enemigo. La reacción inmunitaria es tan violenta porque hemos vivido durante mucho tiempo en una sociedad sin enemigos, en una sociedad de la positividad, y ahora el virus se percibe como un terror permanente. ■

Paolo Giordano (*Corriere della Sera*, 21 de marzo)

Hay una frase de Marguerite Duras que me ha recordado esta insistencia en la guerra. Se trata de una paradoja que dice así: «La paz aparece ya. Es como una noche profunda que estuviera llegando, es también el comienzo del olvido». Después de una guerra todos se apresuran a olvidar, algo parecido ocurre con la enfermedad. El sufrimiento nos pone en contacto con verdades que de otro modo quedan ocultas, pone en orden las prioridades y parece devolver densidad al presente, pero en cuanto llega la curación, esa iluminación se evapora. Ahora nos encontramos en medio de una enfermedad planetaria. La pandemia está pasando a nuestra civilización por los rayos X y emergen verdades que se desvanecerán cuando termine. A menos que decidamos anotarlas inmediatamente. En el tormento de esta emergencia, que por sí sola se basta para llenarnos la cabeza –de números, testimonios, tuits, decretos y muchísimo miedo–, debemos por tanto buscar espacio para razonamientos distintos, para atrevernos a preguntas grandiosas que hace treinta días nos habrían hecho sonreír por su ingenuidad: cuando acabe, ¿de verdad querremos replicar

un mundo idéntico al de antes? (...) A menos que nos atrevamos a reflexionar ahora sobre lo que no queremos que vuelva a ser igual, cada uno por sí mismo y luego juntos. No sé cómo hacer de un capitalismo monstruoso uno un poco menos monstruoso, no sé cómo se cambia un sistema económico, no sé cómo se puede refundar nuestro pacto con el medioambiente. Ni siquiera estoy seguro de saber modificar mi comportamiento. Pero estoy seguro de que no se puede hacer ninguna de esas cosas si antes no nos hemos atrevido a pensarlas. ■

Olga Tokarczuk (*Corriere della Sera*, 3 de abril)

¿No será acaso que hemos vuelto a un ritmo normal de vida? ¿Que el virus no es la alteración de la norma sino justo lo contrario, que ese mundo febril de antes del virus era anormal? Por lo demás, el virus nos ha recordado algo que hemos negado con pasión, que somos seres frágiles, contruidos con la materia más delicada. Que morimos, que somos mortales. (...) Nos ha hecho entender que, independientemente de que nos sintamos débiles e indefensos ante los peligros, a nuestro alrededor hay personas aún más débiles que necesitan ayuda. Nos ha recordado lo delicados que son nues-

tros ancianos padres y abuelos, y cuánto derecho tienen a nuestro cuidado. Nos ha mostrado que nuestra movilidad frenética pone el mundo en peligro. Y ha evocado esa pregunta que rara vez hemos tenido el valor de hacernos: ¿qué buscamos realmente? ■

Job y sus amigos (o la prensa española ante el coronavirus)



Ignacio Carbajosa y Alfonso Calavia

18

Ignacio Carbajosa Pérez es sacerdote de la diócesis de Madrid, catedrático de Antiguo Testamento en la Universidad San Dámaso de Madrid y director de la revista *Estudios Bíblicos*. Es el responsable de CL en España.

Alfonso Calavia es profesor de Lengua y Literatura española en el instituto San Ignacio de Loyola de Torrelozanes, Madrid. Coordina la iniciativa educativa Be Education y colabora con Ultreya.

Un viaje por las columnas de la prensa española en tiempos de emergencia. Ante lo imprevisible, nos encontramos las dos posturas que emergen en el diálogo entre el personaje bíblico y sus compañeros. Hay quien esquiva la pregunta, y quien pide un significado

Como al bíblico Job, de repente, la realidad se nos ha impuesto sin tapujos, arrancando el velo del acostumbrado sopor. Lo ha señalado agudamente el escritor español J. Á. González Sainz. «En la vida de un país o de una persona, hay veces en que la realidad, la realidad más descarnadamente real, la más cruda y menos guisada por las recetas y los cocineros de mentalidades y relatos, irrumpe de repente con una violencia pavorosa a la que no estábamos acostumbrados» (*El Mundo*, 20 de marzo).

En estos días es tremendamente interesante seguir la prensa española porque en ella podemos recrear el diálogo entre Job y sus amigos. Recordemos que en la página sacra se enfrentan dos posiciones ante la desgracia. Por un lado, la de Job, que se deja tocar por la tragedia y alza su voz pidiendo un significado, convocando a Dios ante el tribunal de su exigencia de justicia. Por otro lado, los amigos de Job, que reconducen todo a lo ya sabido y se niegan a poner en entredicho sus teorías (imagen de Dios incluida) a partir del zarpazo de la realidad. No hay espacio para las preguntas.

Ya Julián Carrón, en la carta que dirigió a todo el movimiento, presentaba la alternativa descrita. «En estas semanas cada uno podrá ver qué posición prevalece en él: si una disponibilidad para adherirse al signo del Misterio, para seguir la provocación de la realidad, o bien dejarse arrastrar por cualquier “solución”, propuesta, explicación, con tal de distraerse de esa provocación, de evitar ese vértigo».

Dejemos que los mismos amigos de Job se vayan presentando como actores de una obra de teatro. Como en el libro bíblico, son tres, que representan diferentes modos de afrontar la realidad esquivando las preguntas que la desgracia nos insinúa.



© Nick Fewings/Unsplash

Elifaz, el primer amigo, se reviste de “budista”. Visto que la satisfacción de nuestros deseos está más allá de la puerta –ahora cerrada–, cerremos también el grifo del deseo, como nos propone Lorena G. Maldonado: «Ahora tenemos tiempo para ponernos budistas si nos da por ahí y explorar de qué iba eso de no desear. O, al menos, de desear sin una satisfacción inmediata» (*El Español*, 28 de marzo). Es una posición que se insinúa en el equilibrio que Pilar Rahola se reclama a sí misma: «Soy de naturaleza optimista y tengo la enorme suerte

de remontar rápidamente el ánimo, cuando las garras del pesimismo intentan atraparme, pero la nostalgia es un sentimiento resiliente, difícil de neutralizar, porque se acomoda en una tristeza suave que otorga algo de felicidad. A veces la tristeza puede ser bella, incluso agradable. Pero también puede desbocarse, porque todo momento triste tiene su demonio agazapado, preparado para atraparnos, de manera que pongo el freno racional al galope emocional, y lentamente todo vuelve a su punto de equilibrio» (*La Vanguardia*, 5 de abril).

Entra entonces el segundo amigo, Bildad, este revestido de hombre racional, para el que toda la realidad se reduce a lo que la razón científica puede medir y explicar. Nos lo presenta Pepa Bueno develando su ingenua pretensión. «Nos desconcierta que la ciencia no sea monolítica. Los no creyentes corremos el riesgo de esperar de la ciencia un sustituto perfecto del Dios de los que sí creen: respuestas únicas, claras y sobre todo infalibles. Sabemos que no es así, pero no nos lo planteamos hasta que nos toca. Y ahora nos toca a todos a la vez y en circunstancias bien dramáticas» (*El País*, 25 de marzo).

Si tenemos suerte, y nos libramos, fenomenal, pero si el bichito te toca, viva la resignación, como proclama Ángel F. Fermoselle. «Le he intentado explicar a mi hija de 15 años, creo que sin suerte, que a veces la vida es una mierda, y que no hay nada que podamos hacer para evitarlo. Y que los adultos tampoco podemos entender por qué es así, porque no existe una explicación. Y que el padre de su amiga Alicia puso toda la lucha; y que los médicos auxiliaron con todo su empeño, y que ni así. El coronavirus derrotó a todos» (*El Español*, 2 de abril). Una constatación científica.

En estas entra el tercer amigo, Sofar, mucho más práctico y optimista que el anterior. «¡En momentos de confinamiento hay que distraerse! ¡No hay mejor analgésico que el placer!». Pura caridad para con nosotros, como algunas generosas ofertas de pornografía en internet a las que se refiere Quim Monzó en otro artículo. «Ahora hacen esta oferta a los ibéricos: “Ante la expansión de las cuarentenas, extendemos el acceso gratuito a Pornhub Premium durante este mes a nuestros amigos de España, para así ayudarlos a pasar el tiempo y a mantenernos entretenidos”» (*La Vanguardia*, 19 de marzo). De algo hay que morir, ¡pero no nos lo recuerden, pájaros de mal agüero! Susana Quadrado se apunta a la estrategia del *carpe diem*. «Mientras no llegue ese día, sal a la calle y pisa la acera con ganas. Cambia de estrategia. Es la hostia sentirse vivo. Y si ha de llegar el fin del mundo, que te pille haciendo el amor como si no hubiera un mañana» (*La Vanguardia*, 29 de febrero).

Pasemos a ocuparnos del santo Job, que ha aguantado pacientemente los consejos de sus “amigos”. Apenas dedica palabras para rebatirles: su herida le duele y le urge. Su vida anterior ha entrado en crisis y no le sirven las viejas respuestas. Su batalla es otra y no quiere despis-



tarse: busca un porqué. Y cita a Dios mismo ante el tribunal.

Desde que la amenaza llamó a nuestra puerta, la prensa española se ha poblado de “hombres de Hus”. Job ha vuelto a abrir la boca urgido por las circunstancias adversas. Los que se dejan tocar por el drama repiten una palabra que tiene sabor a descubrimiento: “vulnerabilidad”. Parecía algo que el orgulloso hombre moderno había dejado atrás, como reconoce Jorge Galindo. «El aire se siente un tanto extraño, como si viniera de un tiempo que ya asumíamos superado. Un tiempo en el que las vidas de todos, el bienestar y la convivencia eran un poco más frágiles. Covid-19 nos ha devuelto una parte de nuestra humanidad, que es la que viene con esa vulnerabilidad olvidada» (*El País*, 12 de marzo). La pretensión que encierra el progreso científico, nos explica Pedro. G. Cuartango, se desvela en las palabras de la serpiente tentadora del Paraíso: «Seréis como dioses», pero «justo en el momento en que el hombre acaricia la ansiada inmortalidad prometida por la serpiente, un virus desconocido se burla de todas nuestras certezas y nos coloca frente a la dolorosa conciencia de nuestros límites» (*ABC*, 13 de marzo). «Hacen falta asideros a los que sujetarnos mientras esto pasa», concluye Rafael Moyano (*El Mundo*, 21 de marzo).

Pero “vulnerabilidad” no es simplemente una palabra de moda. Quien la experimenta, como el viejo Job, sufre, se siente perdido, como reconoce con una sinceridad desarmante Isabel Coixet: «Todo lo que dábamos por sentado ya no está ahí. Y lo que se abre ante nosotros es una niebla espesa, ajena a la luz. Reconozco que no sé habitar este ahora, estos minutos que se me hacen eternos» (*ABC*, 31 de marzo). La niebla se hace aún más oscura cuando se nos

«“Vulnerabilidad” no es simplemente una palabra de moda. Quien la experimenta, como Job, sufre, se siente perdido, como reconoce con una sinceridad desarmante Isabel Coixet:
“Todo lo que dábamos por sentado ya no está ahí. Y lo que se abre ante nosotros es una niebla espesa, ajena a la luz”»

presenta la muerte. La habíamos olvidado, nos dice Antoni Puigverd, pero «un virus llega cargado de miedos y de histeria mediática, tal vez tan solo para recordarnos que la muerte existe. Para ayudarnos a recuperar el sentido de la vida» (*La Vanguardia*, 26 de marzo). «Nos queda tanta muerte por delante», añade Jorge M. Reverte, «que nunca seremos capaces de comprenderla, o sea, de asir mínimamente lo que significa y, quizá por ello, nos resistimos a su llamada casi sin excepción» (*El País*, 3 de abril).

La pregunta por el significado, tan arrinconada en España, se nos cuela por entre las rendijas de un mundo fracturado. «Llevábamos demasiado tiempo anestesiados», dice Nuria Labari, «formando parte de un sistema que se equivoca demasiado a menudo en lo fundamental» (*El País*,

18 de marzo). No se trata de hondas reflexiones. La muerte es la de un ser querido que se encuentra solo en un hospital. Ignacio Camacho se dirige así a una madre enferma: «Hoy solo te acompañan esos ángeles de la guarda vestidos con pijama mientras los demás nublamos los cristales de nuestras ventanas con el vaho de la esperanza. Yo no sé si sirve rezar, como discutíamos aquella mañana, ni si la energía cósmica esa que dicen los del pensamiento positivo tiene fuerza suficiente para alzarte de la cama. (...) Alguien tiene que oír este clamor en la tierra o en el cielo» (*ABC*, 24 de marzo).

Toca a Dios responder a este clamor, directa o indirectamente elevado al cielo. Y está claro, como en el libro bíblico, que solo los que han dejado espacio para el grito o la pregunta pueden interceptar una posible respuesta. ■

Un resquicio que lo invade todo

A la parálisis inicial por el cierre siguió una explosión de relaciones, descubrimientos, novedades... De Bérgamo a Sicilia, un Giro de Italia por los Bancos de Solidaridad. Una experiencia que, mientras crece la necesidad, se va haciendo cada vez más sólida



Davide Perillo

22

Los que menos esperaban eran los feriantes. Nómadas, sin raíces ni vínculos a los que aferrarse, no muy bien vistos. De hecho nadie pensó en ellos cuando la emergencia lo congeló todo. «Normalmente aquí hay feria en abril. Este año la han cerrado y ellos se han quedado bloqueados: 25 personas, diez menores. Sin ayuda. Llevan dos semanas comiendo lo que les llevamos nosotros». Lo cuenta Andrea Benzoni, llamado “Benzo”, del Banco de Solidaridad de Varese. Pero también Luca Perico, en Bérgamo y alrededores: «Atendemos a tres grupos que ni siquiera tienen agua potable...». Y Fabio Saini, en Arona: «Nosotros también estamos ayudando a feriantes. Me impactaron mucho los ojos de uno de ellos cuando vino a recoger la comida: “nunca olvidaré lo que estáis haciendo por nosotros”. Una caridad que no te imaginas. Quién sabe

cuántos otros ríos de caridad fluyen en estos momentos subterráneos, lejos de nuestros ojos, en un país sacudido por el coronavirus y bloqueado bajo una presión que para muchos significa «hambre». Una palabra que los ocho mil voluntarios de los 250 Bancos de Solidaridad (BdS) conocen muy bien, y de cerca. Durante el año ayudan a más de ochenta mil pobres. Lo hacen con un gesto muy sencillo: les llevan a casa cajas de alimentos que obtienen de las donaciones de supermercados, asociaciones o el Banco de Alimentos. Para muchos es una manera de vivir la «caritativa», que don Giussani siempre señaló como una dimensión educativa fundamental: compartiendo la necesidad del otro, vas al fondo de la tuya propia. Pero en este momento de necesidad brutal, la red de los BdS se está convirtiendo en punto de apoyo también para otros, como Protección Civil y Cruz Roja, ayuntamientos, Cáritas y diversas ONG. «Normalmente ayudamos a 300 familias, pero los Servicios Sociales nos han derivado muchas solicitudes», afirma Luca. «La semana pasada llevamos 200 cajas más». Y lo mismo sucede en Como, Catania, Pescara...

«La necesidad es enorme», observa Andrea Franchi, más conocido como “Branco”, presidente de los BdS. «Pero el reto es aún mayor. Porque es una ocasión imprescindible para entender mejor quiénes somos». También lo ha dicho por escrito, en un mensaje a los voluntarios antes de Pascua. Retomando la carta enviada por Julián Carrón a CL, hablaba de una posibilidad de «descubrir lo que hay en el fondo de toda nuestra iniciativa», para «ver crecer en nosotros una inteligencia nueva al afrontar las situaciones», porque «nada es más urgente que esta autoconciencia».



Esto es lo que llama la atención, más aún que las cifras. Escuchas un relato, en un Giro de Italia de la solidaridad –por rigurosa vía Zoom–, y ves salir a la luz no solo una red de vínculos muy estrechos, antiguos y nuevos, sino a personas cada vez más sólidas, más conscientes.

Al principio, algunos tuvieron que cerrar. Al menos por un tiempo. No solo para reorganizarse o por el legítimo miedo a contagiarse o contagiar. En muchos casos fue propiamente una cierta confusión, «una pasividad desconcertada por no poder hacer nada», como dice Enzo Sinatra, del BdS de Siracusa. Ante la marejada tú te quedas ahí, impotente. Parece una condena, justo en el momento en que la necesidad aumenta. En cambio, se convirtió en un buen momento para dejar que las preguntas empezaran a aflorar.

«**Durante días, no nos vimos**», cuenta Fiero Innocenzi, del BdS de Roma (700 familias asistidas). «Las condiciones son desastrosas, y aquí no se trata de que tengamos que sustituir a las instituciones, como pasa en los pueblos pequeños». Pero en cierto modo crecían «no solo las ganas de volver a ver a las familias, sino justamente la pregunta de Carrón: “¿qué quiere decir

estar como hombres frente a esta circunstancia?”. ¿Qué puedo descubrir en mí mismo, en mi historia, de Jesús? Y volvimos a empezar». Nucio Condorelli, de Catania (12 voluntarios, 240 beneficiarios), habla también de una «parálisis inicial». Y de un punto de inflexión que «llegó con una homilía del Papa: “Las élites han perdido la memoria de su pertenencia al pueblo de Dios. ¿Cómo es que estas monjas y sacerdotes van donde los pobres?”. Se me quedó clavado. Nos sentimos uno con los demás. Al día siguiente, era otra música, porque en el centro estaba nuestro corazón y el deseo de ser felices». En definitiva, un movimiento personal. Libre, no obligado por esquemas organizativos ni chantajes morales. «La libertad es un factor demasiado importante en relación con las circunstancias», escribía Franchi en su carta, hay que caer en la cuenta de su «nexo con nosotros para descubrir el Misterio que habita en ellas».

También en Varese, donde el BdS tiene veinte años de historia y ayuda a 500 familias, la marea inesperada provocó cierto caos. «Al principio no sabíamos qué hacer», explica Benzo. «Luego nos confrontamos, no tanto para organizarnos sino para sorprender en cada uno de nosotros cómo estábamos viviendo todo esto. De ahí surgió la operatividad que vino después». Traducido, quiere decir volver a ver todo lo que ya sabían (almacén, espacios, cifras), pero sobre todo nuevas ideas y nuevas relaciones. Por ejemplo, con la Cruz Roja. «Nosotros preparamos las cajas, ellos las reparan». Con los políticos: alcaldes que les buscan, ediles que se implican. En Melzo, a medio camino entre Milán y Bérgamo, uno de ellos «decidió renunciar a su compensación de abril y nos la dio», cuenta Maurizio Vitali, al frente de un BdS en la zona de Martesana (y también una firma habitual

en *Huellas*). Pero también una asociación que acoge a niños de Chernóbil, como esta vez no los puede acoger, donó una suma al BdS local. Y la escuela, que en vez de recoger alimentos, como hace habitualmente en la campaña escolar "Donacibo" (con tres mil centros educativos participando cada año), invitó a las familias a hacer donativos a los Bancos.

Suma y sigue. Había que llevar al hospital de Como jabones y cepillos de dientes que los familiares ya no podían llevar a sus pacientes. La Protección Civil de Gorgonzola consiguió cierta cantidad del queso homónimo y llamó al BdS para preguntar a quién se lo podían hacer llegar: «vosotros conocéis a los pobres, nosotros no» («e hicimos una ruta para repartirlo juntos», cuenta Vitali, «una ocasión preciosa para conocernos mutuamente»). Un agente de policía de Lanciano, en el Abruzzo, que todos los años participa en la jornada de recogida de alimentos, cuando un amigo suyo que tiene un asador le dijo que «quería regalar cuatro cochinitos», llamó a Francesco y, con él, al Banco de Alimentos de la zona. «Esos cochinitos acabaron en las mesas».

En un chat, una mujer de Siracusa propuso a sus vecinos hacer una colecta en el edificio. «Nadie respondió, solo yo», recuerda Enzo, que le habló del Banco y ella le respondió, casi desafiante: «si conseguís alimentos, mis amigos y yo se los llevamos a quien los necesite». La propuesta acabó tomando la forma de una compra solidaria «difundida por todos nuestros chats: familiares, amigos, gimnasio...». Funcionó: está sirviendo para ayudar a los pobres y multiplicar relaciones.

Relaciones que a veces nacen donde menos te lo esperas. Mattia Lusuardi, de Carrara, cuando termina de contarme su trabajo en el Banco,

suelta algo que le pasó hace unos días. «Enfrente de mi casa hay una residencia de ancianos. El viento había arrancado un trozo del tejado y cuando volvía, tarde, del trabajo me encontré con los responsables desesperados porque no encontraban a nadie que fuera a arreglarlo. Me invadió una ternura que no es mía, yo me conozco... Antes de cambiar de oficio yo construía tejados, así que me subí a intentar repararlo. Ese día había empezado la jornada un poco angustiado, pero la terminé totalmente cambiado».

Es una gratuidad que, poco a poco, va dando forma a la vida, la moldea. Una gratuidad llena de razonabilidad, consciente («viene un montón de gente que quiere echar una mano, pero hemos tenido que pararlos», explica Sonia Bianchi, de Como. «Los jefes de almacén nos han dicho que si nosotros caemos enfermos, se bloquean las ayudas») y radical, sencilla. En Ostra (Las Marcas) el

BdS tiene muchas dificultades para repartir sus cajas, pero para compensarlo ha encontrado la ayuda de Gianfranco Catalani, restaurador. Su local está cerrado y él prepara comida para llevar a los ancianos, con menú de Pascua incluido. «De pequeño me enseñaron a dar», afirma. Y repite una frase que oía decir mucho a su abuela: «echa en tierra y espera en Dios». «Tú siembra, no te preocupes de recoger...». Al final, esta gratuidad es lo que te llevas y lo que interpela. A otros, como un concejal que dice: «os llamo a vosotros porque me interesa cómo os movéis, vuestra atención a la persona es diferente» (Varese). Pero sobre todo a ti mismo, descubriendo dimensiones inesperadas en la propia realidad.

Alessia, también en Carrara, habla de su negocio, de las medidas que tendrá que tomar, despidos, preocupación, pero «me doy cuenta de que no es igual estar abiertos o no: más que un punto de venta, somos

*«Cuando volvía, tarde,
del trabajo me encontré con
los responsables desesperados:
nadie iba a arreglar el tejado.
Me invadió una ternura
que no es mía, yo me conozco...
Me subí a intentar repararlo.
Ese día empecé la jornada
angustiado, pero la terminé
totalmente cambiado»*

© ARG0



una trama de relaciones». Y en medio de todo eso, la pregunta: «¿Pero yo qué necesito? Mientras me lo preguntaba, miraba a mi hijo, encerrado en casa, mirando por la ventana, pero sonriendo, porque yo estaba con él. Eso es lo que necesito, una presencia, alguien que me ayude a mirar lo que estoy viviendo». Maria Conchita, de Sicilia, lo resume en una frase: «No estamos juntos para hacernos cargo de la indigencia del pobre, sino para descubrir la nuestra». Elisabetta, de Fabriano (que siempre mete en su caja un ejemplar de *Huellas*), lo dice con una palabra: «Esencial. Esta emergencia se está convirtiendo en una gran ocasión para llegar ahí, a lo esencial».

Es un tejido de doble hilo entre el camino personal y las iniciativas organizadas, con una mayor conciencia de ti mismo y de las cosas que haces por los demás, entre el ser y el saber. Ya no se pueden separar. Del mismo modo que no puedes separar al otro de ti, de cómo lo has empezado a mirar. Marco Arrigoni, de Treviglio, dirige un pequeño BdS («ayudamos a unas cuarenta personas»), pero recibe una gran ayuda. «Vivo con mi madre, que tiene 78 años y un problema serio; acompañarla no es nada fácil. Pero esta caritativa siempre me ha educado en mirar a la persona, no su problema. Porque tiene un valor infinito. Y hoy puedo mirar a todos, incluida mi madre, de esa manera». Ya no dependes de tu propia medida.

Maurizio cuenta lo que ha descubierto dentro de sí en este momento de tanto trabajo. «Una extraña relajación. Mejor dicho, una paz de fondo, una última alegría. Tal vez sea signo de que poco a poco voy siendo más consciente de que lo que nos permite estar como hombres ante una realidad así no es nues-

tra capacidad de adaptación, sino la fe». Para poner un ejemplo, cuenta una conversación que tuvo en el supermercado. «Le dije a la cajera: “¿ha visto que el Papa le dio las gracias la otra noche?”. Ella: “no, ¿de verdad? Lo leeré”. Me di cuenta de que la estaba mirando de una forma distinta a como lo hago normalmente. No quería hacer propaganda del cristianismo, era un gesto de ternura hacia ella, para abrir también ante mí un resquicio a la presencia de Jesús».

Un resquicio que a veces se agranda y llega a todo. Monica Cornara, de San Giuliano, en la periferia sur de Milán, es viuda, tiene cinco hijos y trabaja en la sanidad, por lo que está en el hospital de la mañana a la noche. «Mientras estaban en casa, yo pensaba: ¿pero qué salva esta situación?, ¿cómo hago para no dejarla pasar? Debo buscar el bien. Para mí y para mis hijos». Así que decidió implicarlos. Habló con el alcalde, que es amigo suyo y que había cerrado el almacén municipal donde el Banco realiza su actividad. Le explicó el motivo sin medias tintas: «Quiero que mis hijos vean que existe una compañía en cualquier situación. Nosotros nos encargamos de conseguir los alimentos y hacer las cajas. Te dejo el honor de ver cómo hacer el reparto». A los pocos días, los bomberos de San Giuliano repartían las cajas. Han nacido amistades, iniciativas y donaciones. «Pero sobre todo, vivimos más la compañía que Él nos hace». Al final, esto es lo que queda. Como dice Stefania Perini, de Ostra Vetere (Las Marcas), mientras cuenta lo que conoció hace un año y medio, cuando una amiga le dijo: «ven conmigo a la caritativa». «Encontré una casa. Aquí vivo, no sobrevivo. Antes no tenía conciencia de mi corazón. ¿Que si tengo miedo? Claro. Pero me asusta mucho más mi antigua vida vacía que esta, con virus pero llena de Dios». ■

Obras amigas

Desde las favelas brasileñas hasta las villas argentinas, el contagio estalla entre los últimos, allí donde se teme más al hambre que al virus. Voces de algunas ONG sudamericanas sobre su amistad operativa con entidades italianas



Monica Poletto y Stefano Gheno

26

Monica Poletto coordina el programa Obras Gemelas de la CdO Obras Sociales, que nació de una relación de amistad entre entidades italianas y latinoamericanas.

Stefano Gheno da clase de Disciplinas Psicológicas en la Universidad Católica de Milán. Se dedica a la formación y es vicepresidente de la CdO Obras Sociales.

En Brasil, el virus está golpeando a un pueblo ya probado por una dura situación social y económica. Sobre todo, naturalmente, a los últimos y a los que comparten la vida con ellos. Como las muchas obras sociales que, ante el contagio, no han dejado a su gente, a las familias de las favelas, a los muchísimos niños y jóvenes de la calle a los que educan a diario. Estas semanas –partiendo del proyecto Obras Gemelas de la CdO Obras Sociales, con el que nació hace unos años una amistad entre entidades brasileñas e italianas– esas obras se han acompañado de manera especial, en un momento tan crítico.

En la escuela agrícola de Manaus, las clases se suspendieron de un día para otro y sus responsables, Celso y Darlete Batista de Oliveira, tuvieron que decidir a toda prisa qué hacer: ¿enviar a los jóvenes a sus pueblos en barcas abarrotadas o dejarlos en la escuela? ¿Qué era más seguro? Magali Bonfim dirige la guardería João Paulo II en Salvador de Bahía. En su favela, la gente no se creía lo

de la pandemia, la percibía muy lejana. Además, necesitan salir por la mañana para poder comer ese día, ¿cómo convencerles de que se queden en casa? Las familias de los cientos de niños de Samambaia que acogen a diario en el centro Nossa Senhora Mãe dos Homens también tenían problemas similares. Patricia Almeida, al tener que cerrar, se preguntaba qué hacer para no perder esa relación cotidiana que le permitía estar al tanto de los problemas en tiempo real... ¿Y cómo iban a respetar la cuarentena y las medidas de prevención en una favela?

Silvia Caironi dirige Aventura de Construir, donde trabaja con microemprendedores de rentas bajas en la periferia de Sao Paulo, que no solo corren el riesgo de perder su actividad sino incluso el de no poder comer. ¿Cómo van a quedarse en casa cuando temen más al hambre que al virus? En la favela de Salvador de Bahía, Paola Cigarini tuvo que cerrar el centro educativo, en una zona muy violenta, donde sus chicos se arriesgan a morir asesinados



todos los días. ¿El virus es más peligroso que la favela? Rosetta Brambilla, en Belo Horizonte, sabe que la mayor ayuda para las familias era cerrar el centro, explicarles que era necesario para salvar vidas y que había que quedarse en casa. Pero ella y sus educadores son conscientes de que el aislamiento es muy difícil en la favela. «Las casas son tan pequeñas que la calle es su ampliación natural. La acera es un punto de encuentro, la calle es el lugar de juego... Los jóvenes, sobre todo los relacionados con el tráfico de drogas, siguen estando en la calle, como muchísimos desempleados y ancianos».

Nadie tiene una receta para una situación así, igual que para muchos otros problemas. Pero la amistad operativa de las Obras Gemelas nació y creció precisamente para afrontar problemas que nos superan, manchándonos las manos e impulsando el corazón, por amor a las

personas con las que se encuentran. Una amistad, como dice Walter Sabattoli, presidente de la CdO Obras Sociales, «que también ayuda mucho a las obras italianas. Al confrontarse con realidades y personas que viven situaciones que suelen ser mucho más difíciles que las nuestras, se amplían horizontes y se sacan ideas y energías para iniciar nuevos caminos». También ha sido así ante la emergencia del coronavirus.

«El primer sostén ha sido la ayuda para tomar conciencia de la gravedad», cuenta Adriano Gaved, que desde Río de Janeiro ayuda en la actividad de CdO Obras Sociales en Brasil, porque «cuando en Italia el contagio era ya fuerte, nos parecía un enemigo lejano, casi irreal. La relación con los italianos nos hizo darnos cuenta y preguntarnos cómo hacer conscientes también a los demás». Los gobiernos federales de los Estados brasileños no se movieron de manera muy ordenada, en muchos



casos decretaron el cierre de los centros educativos de un día para otro, sin tiempo para planificar nuevas actividades, informar a las familias, ver cómo pagar a los trabajadores.

«Me sentía perdida y sin energías para moverme», cuenta Patricia, desde Samambaia. «Tenía que hablar con las familias, comprender qué hacer con nuestros empleados. No me mantendría en pie si no hubiera podido confrontarme con estos amigos». De hecho, también en Italia las obras sociales tuvieron que cerrar muchos servicios y reinventar otros. En poco tiempo, con indicaciones frenéticas y a menudo contradictorias y fragmentadas.

La pregunta que empezó a circular por Zoom era la misma en Europa y Sudamérica: ¿cómo continuar con realismo? Sobre todo, ¿cómo no dejar solos a nuestros jóvenes? ¿Y cómo tratar a nuestros empleados para permitirles mantenerse y al mismo tiempo preservar la sostenibilidad de la obra? ¿Cómo reorganizarse?

No existen recetas, existen experiencias. Mauro Battuello les habló de la Plaza de los Oficios de Turín: «Estamos cerrados, pero no parados. Las actividades continúan de manera distinta». Una manera nueva, un estallido de creatividad. «Un canal de YouTube con clases por video, perfiles de Facebook e Instagram con noticias, ejercicios, fotos, películas y sugerencias de lectura... Y grupos de WhatsApp para los proyectos y talleres, para enviar y recibir tareas». Se quedó asombrado al enterarse de que una joven colaboradora suya a veces se conectaba con los chavales para desayunar, «para que, desde por la mañana, cada uno de ellos pudiera sentir que alguien le lla-

maba por su nombre y le esperaba». Todo ello con el objetivo de «continuar nuestra relación, educativa y formativa, con los chicos».

Al escuchar este y otros relatos, Patricia pensaba que, al no contar con los recursos tecnológicos de la Plaza de los Oficios y teniendo delante familias muy pobres, podían probar con el WhatsApp. «Así que enseguida creamos un grupo para comunicarnos con las familias, para que pudieran plantearnos sus dudas y dificultades. Muchos no sabían cómo acceder a las ayudas del Gobierno, como la “lista de alimentos” y con el grupo de WhatsApp hemos podido ayudarles a conseguirla».

Silvio Cattarina, de la comunidad de rehabilitación El Imprevisto de Pesaro, destaca la importancia de preguntar a los jóvenes y sus familias cómo están viviendo, qué necesitan y cómo pueden ayudar. «Ellos son los

protagonistas de nuestras obras. No tenemos todas las soluciones, pero debemos aprender a obedecer lo que ellos ven, que muchas veces abre una brecha inesperada en la realidad». Silvia cuenta cómo han empezado a moverse con los microempresarios de Sao Paulo para convertirlos en protagonistas. «Nunca renunciamos a reclamarles su responsabilidad. Ese es nuestro método. Les hemos pedido que nos digan cuánto tiempo pueden vivir sin trabajar y hemos buscado respuestas con ellos».

Sigue sonando con fuerza la pregunta sobre la sostenibilidad de la obra: hay que entender de cuántos recursos se dispone aún y por cuánto tiempo, con escenarios muy cambiantes. Y se discute mucho porque el “día a día” lleva a la espontaneidad, cuando es necesario estar en tensión para captar todas las sugerencias de la realidad, para descubrir cómo exigencias aparentemente contradictorias pueden hallar una cierta unidad: poco dinero y atención a los empleados, centralidad de la persona y falta de recursos para mantener los servicios a distancia. También aquí, las experiencias compartidas ayudan a tomar conciencia, hacen surgir ideas, abren preguntas. Como la de Matteo Ferracin, que dirige la Fundación San Gaetano y cuenta cómo está empezando a hacer planes de negocio en medio de una incertidumbre antes nunca vista.

A medida que en Brasil aumentaban los contagios, estalló el problema de la prevención en las favelas, superpobladas, sin higiene ni servicios sanitarios. Paola, en Salvador de Bahía, estaba muy preocupada por “su” gente, que no percibía el peligro y seguía viviendo en la calle como si nada. Empezó a pedir ayuda a estos compañeros de camino, que le propusieron implicar a Amedeo Capetti, mé-

dico especialista en enfermedades infecciosas en el hospital Sacco de Milán, en el corazón de la emergencia, que ya había participado en un diálogo con los amigos de la Familia Gran Hogar de Cristo, en Argentina. Se conectaron con él por videoconferencia y Paola invitó también a sus profesores. Se sumaron otras obras, también se coló Simona Carobene desde Rumanía, preocupada por la escasez de recursos sanitarios en su país y por la comunidad romaní que atiende en su ONG FDP.

La conversación fue preciosa, con muchas preguntas y con el realismo de Amedeo, contextualizando y ofreciendo posibles soluciones. «Empezamos a recibir donaciones, ¿dónde tiene sentido enviarlas?», «¿cómo aislarse si en una habitación viven muchas personas y sin baño?», «¿cómo debe ser la higiene?», «¿cómo interpretar los síntomas?», «¿cómo conseguir mascarillas?»... Hablando de mascarillas

«La gran ayuda que recibo es la posibilidad de percibir la situación de manera realista, razonable y sistemática. Es fundamental para actuar con serenidad y certeza en el día a día. Afrontar las cosas juntos, ponerles nombre, cambia mi manera de pensar»

salió la cooperativa social Pinocho de Brescia, que ha empezado a fabricarlas. Los chicos prepararon un video en español para explicar a sus amigos de las villas argentinas cómo realizarlas e inmediatamente surgió la idea de subtítularlo en portugués para Brasil.

El tiempo pasó enseguida mientras las preguntas se sucedían... La historia sigue adelante, así que han vuelto a “verse” varias veces para continuar el diálogo, a medida que la realidad va planteando nuevos aspectos que afrontar. «La gran ayuda que recibo», concluye Silvia, «es la posibilidad de percibir la situación de manera realista, razonable y sistemática. Eso es fundamental para actuar con serenidad y certeza en el día a día. Cuando hacemos nuestras videoconferencias, siempre tengo la sensación de entrar de una manera y salir de otra porque afrontar las cosas juntos, ponerles nombre, cambia mi manera de pensar». ■



En el lugar adecuado

Por la cantidad de víctimas, Nueva York se enfrenta a un nuevo “11 de septiembre”. Francesco Rotatori, cardiólogo, pasa día y noche con enfermos de Covid. Y nos cuenta cómo es la relación con ellos y entre sus colegas



Luca Fiore

«**L**a parte más gratificante de mi trabajo siempre ha sido ver a la gente curarse. Los tratas y se curan. Ahora eso no pasa. Casi todos mueren. Muchos vienen de residencias. El 80% de los intubados muere. Esta noche he visto morir a cinco enfermos. Una era una mujer a la que le prometí que todo saldría bien».

Francesco Rotatori, casado, cuatro hijos, es cardiólogo en el Richmond University Medical Center de Staten Island, Nueva York. Todos los focos pasaron de Lombardía a la Gran Manzana donde, como dicen algunos, por el número de víctimas diarias, se enfrentan a un nuevo “11 de septiembre”.

Su pan de cada día, hasta que llegó la pandemia, eran las angioplastias y los infartos agudos. Ahora que su hospital se ha reestructurado para atender a pacientes Covid, él también se pasa el día y la noche haciendo frente a la emergencia. Hablamos con él al terminar su turno de noche. Su historia coincide con todo lo que estamos viendo estos días. «Llegué a Estados Unidos en 2005 y tuve un camino muy particular. A diferencia de muchos de mis colegas italianos, que llegaron a universidades u

hospitales de prestigio, yo no tuve una carrera académica brillante. O eso me parece. Muchas veces me pregunto qué estoy haciendo yo aquí, en Staten Island».

¿Y qué te respondes?

En un momento como este te das cuenta de para qué estás en el mundo. En 2001 vi morir a mi madre por un tumor en el pulmón. La cuidé instante tras instante, hasta la noche en que se fue. Ahora revivo aquel momento todos los días. Asisto al último respiro de estas personas y tengo un sentimiento muy fuerte de rabia. Pero también percibo una llamada, una tarea.

¿En qué sentido?

Que tal vez soy la persona adecuada en el lugar adecuado, que no estoy aquí por casualidad. No lo sé. Algunos de mis colegas se han retirado. Yo sigo aquí. Aunque por la noche podría irme a casa.

¿Por qué te quedas?

Anoche me crucé con un residente que acababa su turno. Tenía los ojos cansados y una expresión turbada. No

Francesco Rotatori, cardiólogo en el Richmond University Medical Center de Staten Island, Nueva York.



es fácil para nadie ver tantas muertes, pero para ellos supone un trauma. Le dije: «me quedo aquí por la noche para estar contigo cuando un paciente muere». Me siento llamado a estar al lado de la gente en su sufrimiento. Al lado de los pacientes, pero también de estos jóvenes médicos.

32

¿Qué es lo que te ayuda?

Reconozco una positividad que no me doy yo mismo. No sé, será la educación recibida por mi familia o por la fe, pero veo que esta manera de estar abre una brecha en todos. Y aquí hay gente de toda nacionalidad y religión. Es como si esta posición de fondo fuera lo que desean todos, o casi todos.

¿Qué es lo que percibes?

El hospital tenía 17 camas en cuidados intensivos. La ciudad de Nueva York nos pidió 70 pero solo tenemos un médico de cuidados intensivos. Así que hemos tenido que reinventarlo todo. Cuando hago alguna propuesta, veo que la gente me sigue. Y no tendría autoridad para hacerlo, pero cuando he propuesto que se levante una pared de plexiglás, desde administración me han enviado el material. En cierto sentido es algo que me da un poco de vergüenza, pero así es.

¿Por qué?

Vemos que la mayoría de los pacientes muere. Nuestros esfuerzos parecen inútiles. Entonces, ¿por qué merece la pena darlo todo? Mi respuesta es: porque yo he visto en mi vida que partir de una hipótesis positiva te hace más inteligente y activo. Y la cultura americana valora estas cosas.

¿Pero dónde se ve lo positivo en la situación en que estás? ¿Adónde

miras para que esa positividad no sea solo una idea?

Pienso en mi mujer. Pienso en el hecho de que soy querido. Es una paz interior que me viene de fuera y que es misteriosa. No es un autoconvencimiento, porque entonces no resistiría ante todo lo que estoy viendo.

Si la medicina puede hacer poco o nada, ¿qué puede hacer un médico?

Había un paciente Covid enfermo de Parkinson que me pidió un vaso

de agua. Se le metió en la cabeza que quería bebérselo él solo. Pero la mano le temblaba y no lo conseguía. Se negaba a recibir ayuda. Yo al principio pensaba: «con todo lo que tengo que hacer...». Pero luego me dije: «yo podría ser la última persona a la que ve». Así que me eché a un lado y, sin que él lo notara, empujé ligeramente el vaso con un dedo en la dirección adecuada. La maniobra nos llevó diez minutos. Desde el punto de vista médico, fueron diez minutos perdidos. Nada que pudiera darle más esperanza para salvarse. Pero durante esos minutos yo le quería.

Dentro del hospital, ¿qué te ayuda a mantener esta posición?

Es muy extraño. Staten Island es una zona donde la sociedad se parece a la de *Mujeres desesperadas* o *Jersey Shore*. Una situación complicada. Es la zona con la tasa más alta de consumo abusivo de opiáceos. Y mucha gente viene de allí a trabajar al hospital. Me llaman especialmente la atención algunos trabajadores de mi ambulatorio que, después de oírme contar los primeros días de emergencia, se ofrecieron voluntarios. Ahora trabajan conmigo con los enfermos de Covid. Son jóvenes que se han dejado fascinar por mi entusiasmo. Ahora soy yo quien los mira a ellos asombrado.

«Todos necesitábamos mirar algo que fuera más grande que la muerte. El hecho de que este nivel de necesidad lo tengamos todos me ayuda a entender que la respuesta de Jesús no es algo que solo sea bueno para mí y para mis amigos, sino una respuesta que está a la altura del corazón de cualquiera»

¿Qué cosas te asombran?

Había un enfermo joven que, por falta de oxígeno, como suele pasar, estaba delirando e intentaba quitarse la máscara. Si te distraes y el paciente se quita la máscara, corre el riesgo de morir en pocos minutos. Dos de estas chicas que te decía se pasaron una hora entera acariciando las manos de este enfermo. Conozco la historia de estas chicas y su gesto me conmovió. Es fundamental no sentirse solos, tanto en relación con los pacientes como entre colegas. Cada vez se me hace más evidente que no es una cuestión de procedencia cultural o religiosa. Es algo propio del ser humano.

¿Por qué lo dices?

El otro día el capellán del hospital se dirigió al micrófono de la planta y dijo: «Unámonos en la oración en este momento tan difícil. Que cada uno le pida a su Dios que nos ayude y acompañe». Tenía a mi lado a una colega china y a otra iraní. Se hizo un silencio absoluto en toda la planta. Estaba claro que todos necesitábamos mirar algo que fuera más grande que la muerte. El hecho de que este nivel de necesidad lo tengamos todos me ayuda a entender que la respuesta de Jesús no es algo que solo sea bueno para mí y para mis amigos, sino una respuesta que está a la altura del corazón de cualquiera. ■

La reanudación de lo humano

La tentación de agarrarse al “deber ser”. La decisión de estar en el presente, la oración en el trabajo... Porque la vida «me pide estar». Y da un valor nuevo a la construcción desde abajo, incluso cuando crees que ya sabes de qué se trata



Giorgio Vittadini

Profesor de Estadística Metodológica en la Universidad Bicocca de Milán, es presidente de la Fundación para la Subsidiaridad y uno de los organizadores del Meeting de Rímini

34

Estos días en casa durante la pandemia están siendo realmente impactantes. He dejado de intentar acallar mi ansiedad, mi dolor y preocupación agarrándome a cualquier “deber ser”, incluido el “deber” de mirar con positividad, de aprovechar la oportunidad para cambiar, aprender, mejorar. Incluso el “deber” de buscar al Señor. Me siento hijo de Luigi Giussani y me parece que no puede ser cristiano algo que no sea ante todo humano. De modo que sí, me abrumba tanto sufrimiento, tanto miedo y tanta incertidumbre incontenible que respiro día tras día. Sobre todo, he decidido vivir sencillamente tratando de mantener mis pies pegados a este presente. Aunque todos los días caigo en el “modo celda”, de prisión más que de clausura.

Hubo un momento en que me entró la duda de si me habría vuelto ateo, porque llegó un punto en que la oración que encontraba en el breviario o en misa se me empezaba a quedar estrecha. Un día, después

de la enésima hora grabando clases para mis alumnos (cosa nada banal después de cuarenta años de carrera universitaria, porque me toca hacerlo delante de un video y cada vez que me equivoco tengo que volver a empezar), me di cuenta de que mi oración coincidía exactamente con mi acción, con realizar el trabajo que tenía que hacer. ¿Cómo llegué a entenderlo? Porque sentía dentro un deseo nuevo: un plus, ser hasta el fondo la persona que Dios me ha llamado a ser. El canal de comunicación con el Señor se hizo entonces ardiente.

En ese momento decidí estar ante todo pegado al presente: no dejar las tareas que se me piden y buscar una conciencia distinta, más profunda. Además de grabar las clases, responder las preguntas de mis alumnos en el foro, dialogar con ellos cara a cara por Webex, seguir adelante con los proyectos culturales en los que estoy implicado, todo eso forma parte de la vocación a la que fui llamado hace

cuarenta años. No existe una parte religiosa de la vida y otra parte “civil”. La vida es una unidad completa que me pide estar.

Me llama la atención el reclamo continuo al silencio como instrumento para mirar al Misterio y a uno mismo. Conozco mucha gente para la que este es un vehículo efectivamente útil. Pero yo estoy hecho de otra manera. El Misterio me sale al encuentro mediante el devenir vital y contradictorio de la realidad, mientras que el silencio solo es el espacio, el instante en que salvo las distancias para poder mirarlo todo, como un poco más hombre, un poco más en compañía de Dios, como diría el Papa, enfermo como yo, pero él enfermo de misericordia.

Estos días me doy cuenta de que para mí el silencio es la escucha de lo que sucede: personas, tareas que hacer, problemas que resolver. He sentido el reclamo de algunos para que estos días no fueran “bulímicos”, repletos de cosas que hacer, relaciones que mantener obsesivamente mediante



viodeollamadas desde todas partes. Mi vida está llenísima, porque la lleno yo, pero no me importa dejar que sea distinta porque así estoy yo, solo me interesa poder darme cuenta de que está, y está ahí para mí. Esto, esto es lo que –creo– puede cambiarme. Es difícil aceptar cambiar y de hecho alterno la tentación de seguir de manera gregaria el pensamiento de los demás y la de pensar que es algo que ya sé. Nada me libra de la necesidad de encontrar mi camino, mis palabras, mi experiencia, mis preferencias, tanto en relación con la historia a la que pertenezco como con la historia del mundo.

La otra experiencia fundamental que estoy viviendo estos días se refiere a la amistad. He comprobado que la lejanía apaga los pequeños fuegos y hace estallar los grandes (y la tecnología está siendo un cómplice óptimo en esta comprobación). En este sentido, me llama mucho la atención la disponibilidad para dar la vida, el tiempo y el dinero a los que lo necesitan, en tantos ámbitos, la escuela, el hospital, el trabajo. ¿Qué compañía puedo vivir con estas personas? Me siento su amigo. Me muero de ganas de poder estar allí echando una mano, ayudando a los que sufren, apoyando a los que luchan y afrontan como pueden esta tragedia. Sí, tragedia. Me niego a edulcorarlo. Para muchos, muchísimos, lo que estamos atravesando es una tragedia sanitaria que corre un riesgo muy serio de convertirse en tragedia económica.

Por eso, creo que nunca he entendido mejor el valor de algo que tengo entre manos desde hace muchos años: la cultura subsidiaria. Ante el empeño en la contraposición, que tantas veces parece adolescente, me gustaría que se impusiera ante todo el empeño en conocer, entender, profundizar en lo que está sucediendo, a nivel humano, sanitario, económico, social.

El compromiso de las obras en las que me implico, sobre todo la Fundación para la Subsidiaridad pero también el Meeting de Rimini y otras iniciativas originadas en diversas realidades culturales, se ha convertido para mí, de manera aún más evidente, en la ocasión de aprender a no dejar decaer el deseo de construir e imaginar cómo “desde abajo”, de manera subsidiaria, se puede colaborar en la construcción de un nuevo bien común, volviendo a poblar lugares donde poder aprender continuamente los unos de los otros. Lo que espero es la reanudación de una experiencia verdaderamente humana, como la de los que construyeron los fundamentos de la Italia republicana, descubriendo el significado existencial y personal del otro como un recurso, aunque sea distinto. La construcción del bien común, en una democracia participativa y parlamentaria, no es un incentivo moral sino lo más verdadero que nos están mostrando estos días tan complicados. Y también serán decisivos para encontrar las mejores soluciones operativas posibles. ■

Un «aquí estoy» continuo

El valor del instante y la contribución al bien del mundo, en cualquier situación que nos toque vivir. El padre Sergio Massalongo, prior del monasterio de los santos Pedro y Pablo, llamado popularmente la *Cascinazza*, se mide con las palabras de Julián Carrón en su carta al movimiento: «Nuestro sí constituye ya hoy la contribución para la salvación de cada hombre»



Paola Ronconi

36

«**P**rodesse omnibus cupientes», deseosos de ser útiles para todos. Así escribía hace 900 años san Esteban Harding a sus monjes en la *Carta Charitatis* (el decreto fundacional de la orden cisterciense) para indicar esa necesidad tan humana de contribuir al bien de todos. Una necesidad que hoy el coronavirus –con todo el drama que conlleva– ha hecho emerger de modo tan imperioso.

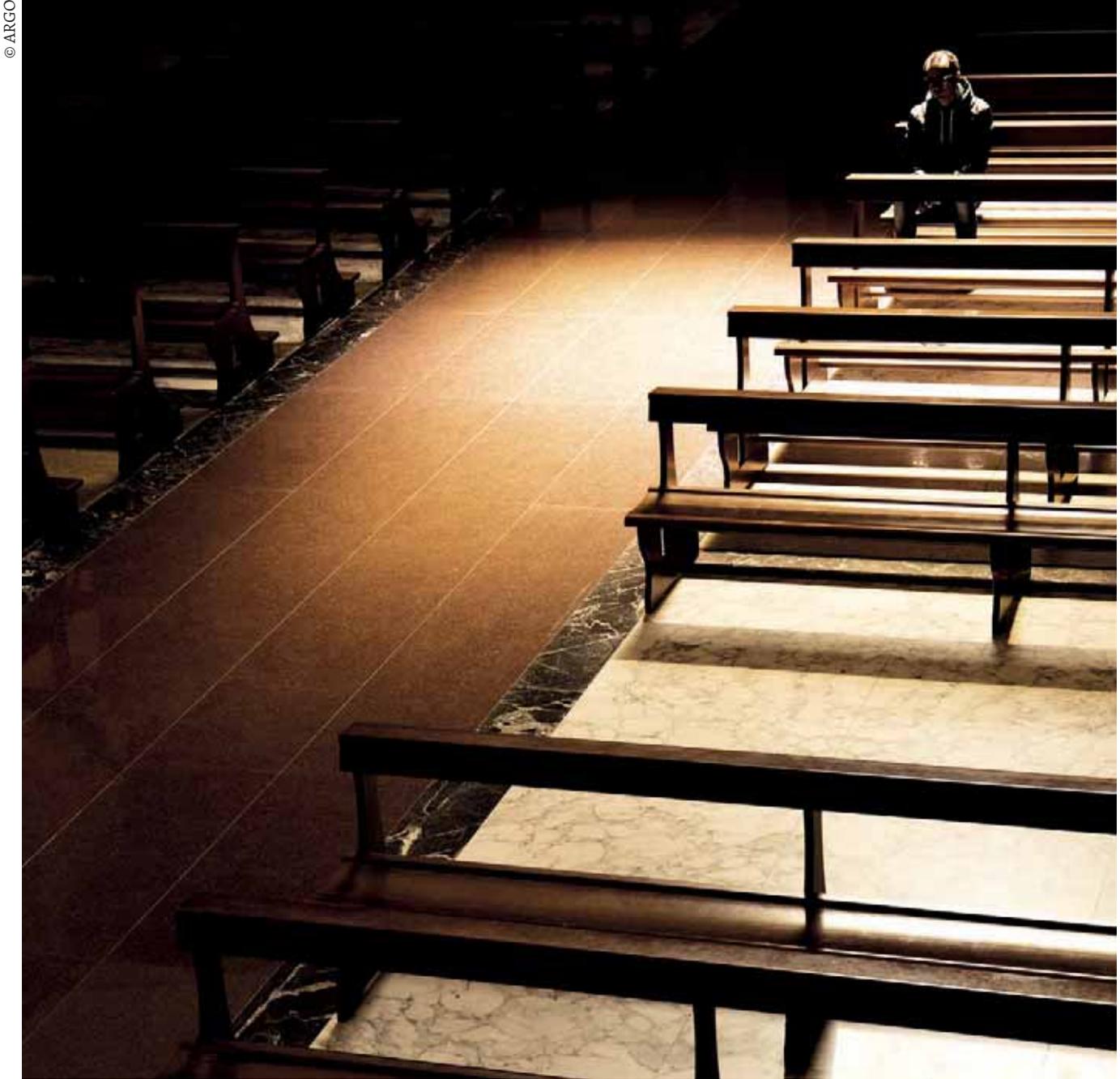
Pero “contribuir” no es todavía suficiente. Esas tres palabras latinas en realidad van mucho más al fondo. ¿Cómo ser útiles para todos desde las cuatro paredes en las que más o menos todos estamos relegados? ¿Cómo pueden la convivencia estrecha, las tareas de los hijos, el teletrabajo o el no poder ver y abrazar a los seres queridos en una cama de hospital, colaborar al bien de todos?

En su carta del 12 de marzo al movimiento de CL, Julián Carrón indicaba una vía: «Nuestro “sí” a Cristo, incluso en el aislamiento en el que cada uno de nosotros podría verse obligado a estar, constituye ya hoy la contribución para la salvación de cada hombre».

Hemos llamado (telefónicamente) a las puertas de la *Cascinazza*, un monasterio benedictino a las afueras de Milán, para hablar con quien vive diariamente entre cuatro paredes y en esa vida oculta «con su sola existencia da testimonio de que el Señor vence el límite y la muerte», como escribió en 1996 don Giussani dirigiéndose a esta comunidad. «Para mí, entrar en un monasterio no se motiva por el gusto de una perfección personal, sino como respuesta a la llamada de Dios, es un continuo decir “aquí estoy”», dice el padre Sergio Massalongo.

Padre Sergio, ¿cómo podemos contribuir al bien del mundo en una situación como la actual, estando en casa, en la banalidad de las tareas diarias o estando solos?

En primer lugar, la naturaleza de la vocación cristiana no es la de hacerse monje, o trabajar como empleado, ama de casa, etcétera, sino seguir a Cristo en la forma que Él elige para mí, diciendo: «hágase en mí lo que Tú quieres». Esta respuesta ya es útil para la vida de todos, como contribución personal para que cualquier persona pueda hallarse a sí misma en la verdad. Si algo es verdadero para mí, como hombre, entonces lo es para todos. Un dicho de los Padres del desierto (siglo IV) recoge un episodio en que un joven mon-



je, al cabo de un cierto periodo de prueba, va a ver a un monje anciano y le dice que no se ve capaz de seguir en el monasterio, por lo que quiere volver a su casa. El anciano le contesta: «Recuerda que cuando viniste aquí fue el Señor quien te llevó; si lo dejas ahora, te quedas solo». Lo cito porque Dios puede llevarnos al desierto o entre cuatro muros, hacernos pasar por las pruebas más duras, pero siempre está con nosotros y nunca nos deja solos, su presencia es nuestra fuerza. Por el contrario, si pretendo construir mi vida yo solo, me quedo aislado en mí

mismo y ya no sé dónde acabaré, me siento prisionero, limitado e insatisfecho a pesar de hacer lo que quiero. En resumen, lo que define mi rostro es el hecho de que Jesús me ha elegido, me ama y me posee, más que todas las decisiones que yo pueda tomar. Su elección es más fuerte porque para Él ni siquiera mi mal y mi pecado constituyen una objeción. Yo puedo negarle, rechazarle, pero no puedo quitar el hecho de que Él me ha elegido y amado. Esta es mi certeza y la posibilidad de una indomable esperanza que siempre permite retomar el camino.



38

¿Qué significa para vosotros decir sí a vuestra circunstancia, en el ahora?

Significa estar disponibles frente al Misterio que llama a mi puerta según modos y condiciones imprevisibles en cada instante. Decir que “sí” significa dejarle entrar en esta situación concreta a través de la pobreza de mi carne, para que Él pueda transformar la realidad, hacerla más verdadera. Estamos llamados a ser instrumentos de Su gloria en el mundo. Jesús le dijo a la mujer samaritana que «el Padre busca a quien le adore en espíritu y verdad» (Jn 4,23). Al igual que el “sí” de la Virgen permitió que Cristo fuera engendrado en el mundo, así nuestro pobre “sí” cotidiano a lo que se nos pide contribuye a la salvación del mundo.

¿Qué es lo que os ayuda en esto?

Tres cosas. Seguir la palabra objetiva de la Iglesia y de los que viven de ella. Aceptar la condición del sacrificio por la que el Señor nos hace pasar: estar clavados a los cuatro

muros de la casa como a los cuatro brazos de la Cruz. Tercero, el ejemplo de los hermanos que viven conmigo en el monasterio.

Silencio y oración. La Iglesia indica a todos estas dos dimensiones. Pero, ¿por qué un hombre debería desear el silencio? Aparentemente parece una simple falta de ruido...

No es el silencio lo que yo deseo, sino a Cristo. Y Cristo es un hecho que acontece y se impone, por eso genera estupor y silencio, es una Presencia que puedo mirar y seguir. Cristo puede acontecer en el ruido caótico de una gran ciudad, en los hospitales atestados de enfermos como en este tiempo, así como en un establo. Lo importante es que cuando advertimos su presencia, sentimos que nuestro gesto es amado, uno se siente libre y comprende que su trabajo construye porque colabora con el diseño bueno de Dios. Cuando uno calla, cuando está en silencio, resulta más fácil reconocer Su voz, retomar la memoria de Cristo. Lo cual no significa divagar en lo que yo pienso de Cristo, o hacer buenos propósitos. El silencio es verdadero en la medida en que su contenido es la palabra que Cristo me ha dirigido, me ha dicho a mí para que yo cambie, por lo tanto es una obediencia, una escucha continua con el deseo de conformar mi voluntad a la suya. Es un trabajo de identificación con Él. Su palabra tiene una pretensión totalizadora sobre mi vida, y el verdadero trabajo es tomarse al pie de la letra lo que se me dice. ¿Sabemos nosotros, por nuestra cuenta, lo que es decisivo para nuestra vida? ¿Qué palabra autorizada se me ha dicho para que la siga como dirección suprema hacia mi destino? Si no lo sabemos, o si esa palabra es confusa, nuestro silencio es un vacío atronador y necesitamos distraernos de cualquier manera. La verdad del contenido del silencio implica la pregunta: ¿quién es la autoridad que sigues? ¿Eres tú mismo o sigues a Otro? ¿A quiénes estás siguiendo? ¿A quién respondes?

El monasterio benedictino de los santos Pedro y Pablo, en los campos de Gudo Gambaredo, Buccinasco (Milán).

El abad general cisterciense, el padre Mauro-Giuseppe Lepori, en una carta del 15 de marzo, cita el salmo 45: «Deteneos, reconoced que yo soy Dios». Estas palabras cobran un sentido especial estos días en los que el mundo entero ha dejado de correr. ¿Qué significa “detenerse” delante de Su presencia? ¿Cómo se aprende a pararse delante de Él?

¿Dónde reconozco yo Su presencia? En el lugar donde el Señor me ha puesto, que es el monasterio y, en sentido amplio, el movimiento de CL. Ante eso tengo que “detenerme” y mirar cómo y dónde Él acontece y me indica la dirección, en medio de la infinita red de voces y opiniones distintas. En este tiempo de pandemia, el cierre de las puertas del monasterio nos orienta a mirar en el interior de la casa, a volver a descubrir su valor, que no nos falta nada. En una reunión de la comunidad, un hermano dijo: «Esta circunstancia es un reto para comprobar qué tipo de compañía necesitamos. No tenemos ni siquiera la cara del cartero como pretexto para dirigir la mirada más allá de estos muros. O intercepto a Cristo aquí, en los veintiún rostros que me son dados, o mi vida se apoya, en última instancia, en una mentira... ¿Cristo nos basta para vivir o no? Porque si no nos basta, aunque no te hayas contagiado por el virus, puedes estar muerto igualmente». Esta condición de prueba se puede vivir como una ocasión propicia para dejarse “contagiar” por la comunión fraternal, señal objetiva de la presencia de Cristo entre nosotros,

que transforma la proximidad en la casa de Dios, como el modo en que Él quiere edificar nuestro monasterio ahora. Paradójicamente, el exilio que vivimos en este tiempo es una ocasión para recuperarnos de la distracción, para volver al origen, al verdadero significado de las cosas y de las relaciones, donde el otro recobra su verdadero rostro.

Mucha gente pasa por momentos de necesidad y dolor. ¿Cómo «abrazar las contrariedades para abrazar la cruz de Cristo», como dijo el Papa en la plaza de San Pedro el 27 de marzo?

San Benito, en su *Regla*, cuando en el IV grado de la humildad habla del monje que pasa por cualquier clase de prueba y sufrimiento, le aconseja como primera cosa: «*Tacite conscientia patientiam amplectatur*», es decir, abraza en silencio la paciencia en el propio corazón, como si la paciencia fuera una persona a la que abrazar. En efecto, en último término, es Cristo a quien abrazamos en la prueba, para encontrar nuestro apoyo en Él. Solo alguien que ha sufrido en primera persona puede *com-pa-decer* el sufrimiento de los hermanos, como la forma más grande del amor. De nuevo en los dichos de los Padres del desierto se lee: «Decían los ancianos: “Cada cual debe hacer suyo lo que le pasa al prójimo, sufrir con él, llorar con él, sentir como si estuviera en su misma piel y sentirse en la prueba cuando su hermano está atribulado, según está escrito: Somos un solo cuerpo en Cristo (*Rm 12,5*), y: La multitud de los creyentes

tenía un mismo corazón y una sola alma (*Hch 4,32*)”».

Solo lo que acogemos en nosotros, lo que asumimos con dolor, puede convertirse en amor verdadero. Abrazar las contrariedades y el dolor humano solo es posible mirando los sufrimientos de Cristo, porque solo en él encuentran sentido también los nuestros. No podemos permanecer indiferentes ante el grito de dolor de nuestros hermanos; Dios está llamando a muchos al sacrificio para llevarnos a todos a una verdad mayor. Si no respondemos a esta llamada, participando cada uno de la forma que se le concede, todo sucedería inútilmente, como por casualidad, y eso sería inhumano. El sufrimiento del otro nos llama a ser más verdaderos.

Vuestra vida, al menos por lo que nosotros podemos entender, no ha sufrido cambios particulares. ¿Cómo estáis viviendo estos días?

Así es. Aparte de la clausura total, nuestra vida común en el interior del monasterio discurre siguiendo la regla, como antes. Estamos preparando los campos para la siembra, y cada uno se ocupa de su trabajo habitual. La celebración de la liturgia tampoco ha variado. Pero todo se ha hecho más intenso, más dramático, menos distraído, nos ayudamos a escuchar lo que el Señor quiere decirnos en esta circunstancia, y sobre todo a rezar por todas las intenciones que nos llegan de diversas maneras de un sinnúmero de hermanos, cercanos y lejanos, para que el Señor tenga piedad de nosotros y detenga esta plaga. ■



Ayuda a la
Iglesia Necesitada

ACN ESPAÑA

Contribuye al sostenimiento de
sacerdotes en países de necesidad.



FUNDACIÓN
PONTIFICIA



Él celebrará la **Misa**
a la que tú no puedes asistir.

¿Le ayudas para que pueda celebrarla?

Solicita una Misa por tus intenciones en:

ofreceunamisa.org | 91 725 92 12



r
u
t
a
s

42

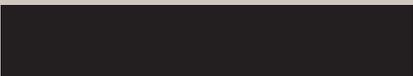
*Luigi Giussani.
El toque
del Misterio*

44

*Marcos Vinicius.
La vida
en mayor*

48

*Cuando el Cielo
se inclina
sobre el hombre*



El toque del Misterio

«El Rosario es como la síntesis de todo lo que el pueblo cristiano es capaz de pensar y decirle a Cristo».

Un regalo a nuestros lectores por el mes mariano: una meditación de **Luigi Giussani** publicada en el año 2000

«**Q**uos redemisti, tu conserva Christe»: a los que tú has redimido –a los que has quedado, que desde siempre has pensado para ti– consérvalos en la verdad, oh Cristo. Sávalos siempre, sea cual sea la circunstancia que atraviesen. Nosotros elevamos nuestro agradecimiento a Dios con confianza.

«Conserva, oh Cristo, a los que has redimido». A los que tú has llamado: cada uno de nosotros ha sido llamado, tocado por el dedo del Señor, alcanzado por la llama de su corazón. La respuesta a esta elección está por entero en la petición de la que seamos capaces. Nuestra respuesta es una súplica y no una capacidad particular; consiste enteramente en el gesto de la oración. Entramos en el mes de mayo. Creo que desde hace siglos el pueblo cristiano se ha visto bendecido y confirmado en su camino hacia la salvación, sobre todo, por una cosa: el rezo del Santo Rosario. El Rosario es como la síntesis de todo lo que el pueblo cristiano es capaz de pensar y decirle a Cristo. Síntesis de todo el plan de redención del mundo, de la dignidad que debemos reconocer y de la caridad que tenemos que vivir en virtud de la victoria sobre la muerte alcanzada en la cruz; mejor aún, en la resurrección, pues por su resurrección somos salvados.

El rezo del Santo Rosario, la meditación que nos ofrece sobre los misterios de la revelación, nos afianza en la seguridad de lo que la madre de Jesús puede hacer por nosotros, de lo que hace por nuestra vida. Jesús no vino a nosotros para perder el tiempo. Así pues, los misterios gozosos vienen antes de los dolorosos, los preceden. Los primeros son los misterios de la alegría, *gaudium*; misterios que recuerdan y nos devuelven la irrupción de la novedad en la historia: el anuncio del ángel, la caridad de la Virgen para con su prima Isabel, el nacimiento de Jesús, la purificación de la Virgen y el ofrecimiento de Cristo al Padre, la vida oculta de Jesús, su vida aparentemente insignificante en Nazaret. Son recuerdos en los que toma cuerpo y se despliega cómo entra Cristo en nuestra vida y toma posesión de nosotros. Los misterios dolorosos expresan la condición necesaria –humanamente hablando, absurda– para ser suyos

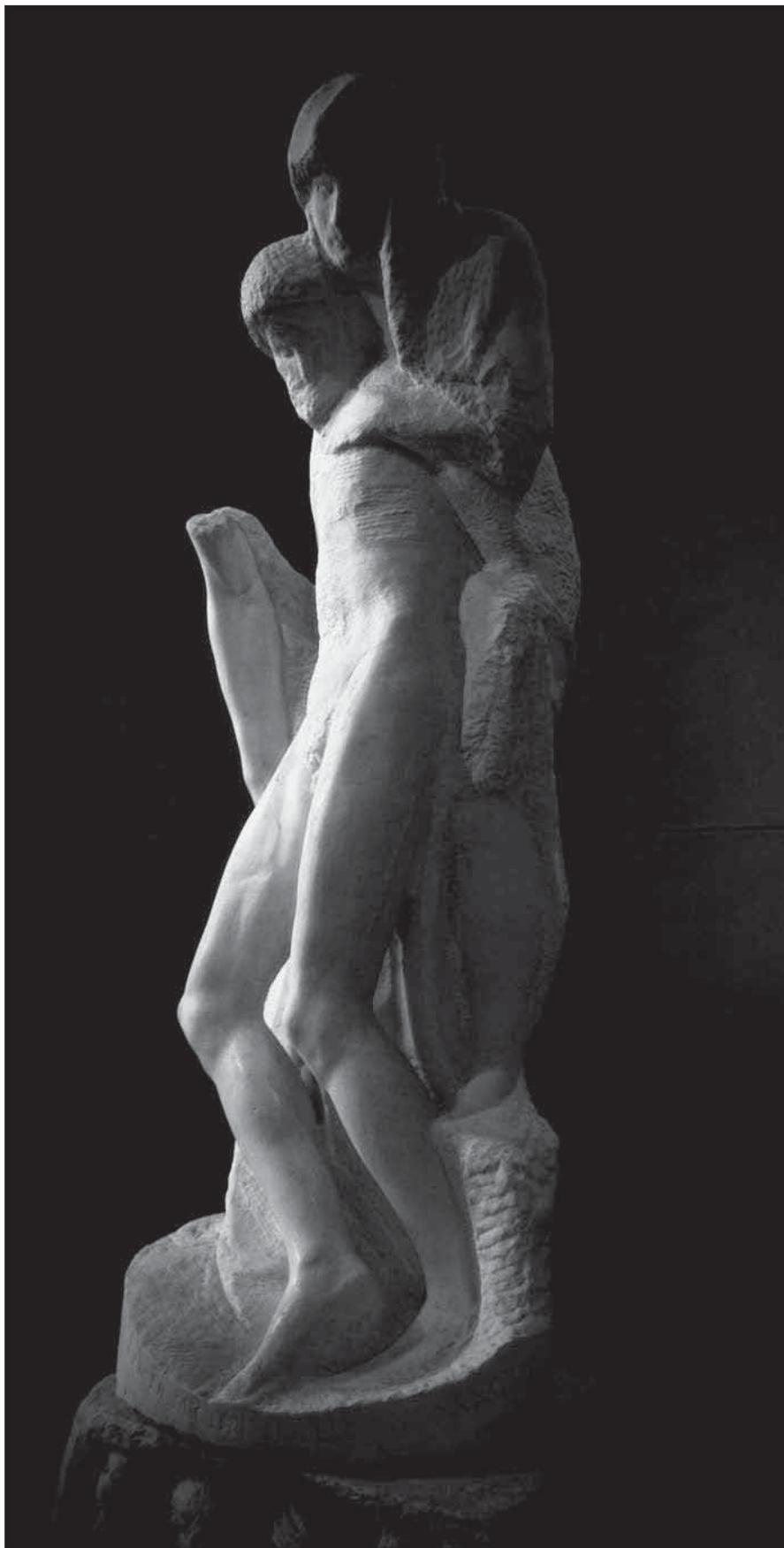
tomando parte en su resurrección. Ahora que he llegado a la vejez, lo comprendo como nunca lo había entendido antes: el dolor es una condición inevitable para ser uno con Cristo, para pertenecerle.

De este modo, en los misterios gloriosos, el gozo final, la gloria final adquiere un fundamento en nuestra experiencia carnal; de lo contrario, lo que vivimos en nuestra carne no llegaría a la experiencia de la resurrección.

Como la madre de Jesús fue el comienzo de su presencia entre nosotros, así también ahora sigue intercediendo en la historia para salvar lo que fue preanunciado, predestinado entonces.

«Conserva, oh Cristo, a los que has redimido». Podemos recurrir a la Virgen con total seguridad, sin posibilidad de engaño, porque la Virgen es nuestra madre. Confianza en ella, suplicándole, pidiendo su intercesión, podemos tener la certeza de cumplir con lo que Cristo quiere que hagamos, de ser lo que quiso que fuéramos. En este abandono confiado a la Virgen se afianza de tal modo la seguridad que, al mirar nuestra compañía cristiana, vemos realmente el primer reflejo de la salvación, de una condición humana nueva.

Sea cual sea nuestro estado de ánimo, pidamos cada día a la Virgen la gracia de que acontezca lo que Cristo nos ha prometido: que su maternidad para con nosotros obtenga la verdad de nuestra vocación, haciéndonos cambiar concretamente. Que al mirarnos y al mirar a los demás, cada uno llore de alegría por la evidencia de que la Virgen, al ser principio de una novedad redentora, salvará integralmente en su Hijo la existencia a la que estamos llamados. Somos nada, pero una nada que no se pierde. Lo que no es nada debería perderse, pero ¡no! ¡Es salvado! «Quos redemisti, tu conserva Christe». Señor, consérvanos en la experiencia de la salvación, pues por ella te dignaste entrar en nuestra vida. He aquí la razón suprema de la alegría, de la seguridad y la alegría, por tanto, de la gloria. La gloria es la experiencia de la alegría. Y la alegría es la seguridad que entra en el mundo por haber sido tocados por el Misterio en el encuentro con Cristo. (publicado en *Avvenire*, 30 de abril de 2000) ■



© Luca Fiore



Miguel Ángel Buonarroti, *Pietà Rondanini*,
1552-64, Castillo Sforzesco, Milán.

«Cada uno
de nosotros
ha sido llamado,
tocado por
el dedo del Señor,
alcanzado
por la llama
de su corazón.
La respuesta
a esta elección
está por entero
en la petición
de la que seamos
capaces. Nuestra
respuesta
es una súplica
y no una capacidad
particular; consiste
enteramente
en el gesto
de la oración»



Marcos Vinicius

La vida *en mayor*



Paolo Perego

Compositor de fama mundial, el guitarrista brasileño se da a conocer. Su encuentro con Pigi Bernareggi en Belo Horizonte, sus cincuenta años de carrera y una pregunta: ¿qué puedo dar a cambio de todo lo que me ha sido donado?

Un niño de siete años y medio camina por una calle de Congonhas, en el estado brasileño de Minas Gerais, a unos ochenta kilómetros de Belo Horizonte. Es su camino habitual para ir de casa a la parroquia, donde asiste a catequesis. Pero esta vez se para delante de una tienda que vende de todo. Frijoles, aspirinas, herramientas... y una guitarra, colgada en lo alto del escaparate. Estamos a finales de los años sesenta y así empieza la historia musical de Marcos Vinicius, guitarrista clásico y compositor de fama mundial, que dio un vuelco al recibir el Premio Villa-Lobos cuando era jovencísimo y que hoy cuenta con un currículum repleto de reconocimientos, premios y conciertos por todo el mundo, desde Europa hasta China. Estudió en la Academia Chigiana de Siena con el maestro Oscar Ghiglia, en un curso de Andrés Segovia. Presidente de la Academia de guitarra clásica de Milán, portavoz de la FAO desde 2010, premio Padre Pío en 2015... La lista es larga.

45

Entre concierto y evento, da clases en la Academia Musical "Praeneste" de Roma e imparte cursos en una escuela de enseñanzas medias de la capital italiana. «Ahora, con todo lo que está pasando, doy clase por Skype y trabajo en casa, entre ejercicios, composición y libros». No toca desde el balcón. «Me lo han pedido, pero ¿para qué? ¿Para decir que todo saldrá bien? Yo quiero vivir el presente. Y rezo, también mientras hago lo que tengo que hacer». Como ha hecho siempre. «Miro mi vida, todo lo que ha pasado, y lo que está pasando ahora, y siento gratitud. De ahí nace la oración, también mientras toco. Puede ser oración reconocer *quién hace y de quién es* este instante, mientras estás dando clase o hablando con un alumno».

En 2020 cumple cincuenta años de carrera. «Muchos proyectos ahora han saltado por los aires. Debía volver a Brasil para celebrarlo en mi ciudad.



Marcos Vinicius, 58 años.

Habría hecho todo lo posible por que viniera también Pigi Bernareggi». Porque uno de los pilares de esta historia es precisamente don Pigi, uno de los primeros misioneros enviados por don Giussani a Belo Horizonte, al que Vinicius conoció a mediados de los años setenta. «Pocos meses antes de aquella guitarra en el escaparate había muerto mi padre. Un gran hombre, dirigía una compañía minera». Su madre, maestra, completaba sus ingresos haciendo dulces para bodas y cumpleaños, «para que nunca le faltara nada a su familia». Incluida aquella guitarra: tres clases, algún que otro consejo de Dimas, el hermano de la asistente, y luego los estudios especializados.

A los 12 años, las clases ya las daba él; y a los 14, el primer concierto. Mientras tanto, la familia se trasladó a Belo Horizonte. «Tocaba y daba clases, tenía que vivir. Cada mañana pasaba delante de un seminario cerca de la universidad. A veces aminoraba el paso pensando: “me encantaría tocar aquí”. No había ningún motivo especial, pero me atraía». Un día se atrevió: «Tiene que hablar con don Pigi, mañana por la mañana», le respondieron. «No sabía quién era, pero a las siete de la mañana allí estaba yo esperando». Hubo concierto. Don Pigi preparó zumos y palomitas. Y al oírlo se conmovió. «Esto es para el mundo, Marcos. ¿Quieres ir a estudiar a Italia?», le

preguntó el misionero. «Poco a poco todo empezó a tomar forma». Desde un deseo de vivir en Italia que tenía desde pequeño por las fotos que veía en sus libros escolares hasta el padre de un alumno que le ofreció financiación. «Don Pigi me consiguió una audición en la academia Chigiana, con el maestro Ghiglia. Tenía que tocar media hora, pero a los seis minutos me dijo que me fuera. Cuando volví para despedirme... “¿Dónde vas?”. “Vuelvo a Brasil, pero gracias de todas formas”. “No, te he interrumpido porque tenía que escuchar a otro”. Había entrado.

Esa relación con Bernareggi nunca se interrumpió. «Siempre me ha seguido de lejos. Cuando vuelvo siempre intento tocar para él, para sus favelas. “¿Me tocas *Recuerdos de la Alhambra*?”, me lo pide siempre». *Recuerdos* es más que una amistad, es una de las piezas favoritas de Marcos. La toca a menudo. Como el año pasado, en Brasil, en un *remake* del concierto de Belo Horizonte por los ochenta años del misionero italiano. «Estaba en primera fila, con mi madre, y lloraban. Yo también lloraba». Es una composición de Francisco Tárrega, que cuenta la historia del maestro español, cuando pensaba que debía abandonar su guitarra porque ya no le daba para poder vivir. «Una pieza que parece triste, *en menor*, llena de nostalgia y melancolía por lo que había vivido y lo que estaba perdiendo. Pero luego se abre *en mayor*, con alegría,

plenitud, gratitud, porque ha sucedido algo. Ha llegado un benefactor que reabre la partida. Cuando lo toco, solo tengo en mente esta frase: “¡Es posible! Aquí y ahora”. La vida está llena de tristeza, miedo, dolor, pero puede entrar algo que cambie la perspectiva, «de *menor a mayor*». ¿El qué? «Para mí, la presencia de Dios. La reconozco en cada paso de mi vida. Incluso en los momentos en que he tocado el mal de cerca». No entra en detalles pero de aquella época, dice, en 2013 nacerá un gran *Ave María* para coros mixtos que dará la vuelta al mundo.

«Muchas obras nacen de lo que vivo. A menudo, cuando las escribo, me sorprende su belleza. Me gratifican, dentro de ellas veo algo que no he hecho yo, pero es un paso en mi camino». Son muchas las piezas, los discos y obras que ha escrito. «Todo lo que hago, incluidos los conciertos, son como una nota que pertenece a muchos acordes. Ahí resuena lo que estás haciendo pero ya hay un inicio de otra cosa. El día que no suceda guardará la guitarra bajo custodia».

Narra su vida como un río en crecida. Ha dado conciertos en decenas de países. «Siempre intensos, ya fuera en el Wigmore Hall de Londres, gran escenario de la música, o en un almacén en Italia donde toqué unos días más tarde. Si hubiera prevalecido el “artista”, me habría ido... En cambio, alguien me enviaba allí, aquella gente también necesitaba belleza».

«Cuando tocas, tienes que abandonarte a la música.
El aspecto técnico o el estético son instrumentos. No bastan.
Es igual que en la vida: se puede vivir como abandono a Dios,
a lo que te da en este instante. Así puedes quererte tal como eres,
incluso cuando te equivocas»



Pigi Bernareggi bendice a Vinicius.

Y luego están sus composiciones, aquellas a las que se siente más vinculado. «Las de coro dedicadas a don Pigi, por ejemplo el *Locus iste*. Pero también el *Magnificat* y el *Agnus Dei*, porque hablan de Uno que entregó su vida entera por los hombres. Yo siempre miraba a don Pigi, cómo se comportaba, cómo celebraba la misa, cómo estaba con la gente de las favelas, con todos. Cómo entregaba su vida a los demás». Uno de sus últimos trabajos es la banda sonora de una película de hace un par de años, dedicada al púgil Nino Benvenuti, para lo que «traté de conocerlo, intenté ver, aparte del campeón, su humanidad, llena de miedos, dolores y fatigas».

«Lo que me interesa es la humanidad», dice. «Y todos necesitan la belleza que yo he visto». A veces a alguien le llama la atención una nota, una melodía, llegando incluso a conmoverse. «Es la presencia de Dios. No hace falta explicarlo ni hablar de fe. Basta con cómo eres tú, lo que vives, tu manera de tocar, la música que sale de la guitarra... Todo eso da testimonio». Puede incluso dar conciertos renunciando a la compensación económica, como la gira por varios lugares sagrados de Italia “En el nombre del Padre”, un recorrido por su historia. «No haces algo así si solo te interesa el éxito. Claro que yo vivo de la música, pero la cuestión es: ¿qué puedo dar a cambio de todo lo que me ha sido donado?».

Donarse: eso es lo que pasa cuando toca. «Por gratitud. Y por el reconocimiento del origen de todo». Habla de “abandono”. «Cuando tocas, tienes que abandonarte a la música. El aspecto técnico o el estético son instrumentos. No bastan, eso no es lo que “llega” al corazón del que escucha. Es igual que en la vida: se puede vivir como abandono a Dios, a lo que te da en este instante. Así puedes quererte tal como eres, incluso cuando te equivocas».

Por eso todo puede ser oración: «las circunstancias complicadas, las decisiones equivocadas y las puertas cerradas, Dios las permite para que le ames más. Como si te estuviera diciendo: “¿lo ves? Si fueras diferente, si llegaras más lejos, te perderías”». Es un abrazo cálido, lleno de paz. Como en *Recuerdos de la Alhambra*, comenta recordando una vez que fue a visitar a su madre. «Me puse a tocarla para ella en la cocina y se echó a llorar. “Si al menos tu padre pudiera oírte”. “Pero él está aquí, ahora”, le dije». Es una eternidad que irrumpe «como si una uña rasgara la línea del tiempo».

Pero hace falta la pregunta. «Dios te pone delante signos y circunstancias. Llama y tú debes dejarlo entrar». Como la belleza que sale de su guitarra. «No es mía, no es nuestra. Pero hace que te des cuenta de tu necesidad». Los niños, cuando necesitan algo, saben a quién dirigirse, llaman a su madre, a su padre. «Cuando somos adultos se nos olvida, pensamos que basta con nuestra racionalidad, inteligencia y capacidad. Pero yo necesito dirigirme a Él. Exactamente igual que un niño que lo necesita todo». El mismo niño que miraba aquella guitarra en el escaparate. «A veces me han preguntado por qué elegí la guitarra entre tantos instrumentos. No la elegí, me eligió ella. Más bien, Alguien la eligió para mí». ■

Cuando el Cielo se inclina sobre el hombre

La soledad del hombre y la cercanía de Dios. Un viaje por obras maestras que nacieron de la fe en momentos de prueba. Desde el crucifijo milagroso contra la peste hasta el Llanto sobre Cristo muerto de Niccolò dell'Arca, y también Duccio, Giotto... Y la potencia del abrazo de la Piedad

48



Giuseppe Frangi

Periodista, fue director de la revista mensual *Vita* y colabora con numerosas cabeceras italianas. Fundador y presidente de la Asociación Giovanni Testori Onlus, es autor del blog de arte *Robe da chiodi*.

Con motivo de ese gesto sencillo e imponente ante una plaza de San Pedro vacía, el papa Francisco quiso ser acompañado por dos imágenes que luego siguieron a su lado durante toda la Semana Santa: el icono de María *Salus populi romani*, habitualmente venerada en la basílica de Santa María la Mayor, y el Crucifijo de la iglesia de San Marcelo, el mismo Crucifijo que Francisco había ido a venerar, caminando solitario por la *vía del Corso* unos días antes. Una talla en madera policromada de autor desconocido, datada a finales del siglo XIV, de la que los romanos siempre han sido muy devotos. En 1522, con motivo de una epidemia de peste, lo sacaron en procesión por todos los barrios de la ciudad que lo solicitaron entre el 4 y el 20 de agosto de aquel año. Mientras tanto, la epidemia registró un claro descenso. Pero

más que su poder taumatúrgico, el valor de esta imagen reside en que hace visible la cercanía o, mejor, la compañía de Dios a los hombres en momentos tan duros y dolorosos. No en vano es el Cristo crucificado que sale por las calles de la ciudad, como sucedió también con san Carlos en la terrible peste de 1576 que azotó a Milán. Hoy se custodia en el Duomo, en la nave izquierda, delante de la tumba del cardenal Martini, quien quiso a su vez sacarlo en procesión por la ciudad el 20 de abril de 1984 contra las nuevas pestes, las de la violencia y la soledad.

De nuevo la soledad, que han experimentado dramáticamente muchas personas que han muerto a causa del coronavirus aisladas en las unidades de cuidados intensivos. La misma con que Jesús tuvo que enfrentarse en la cruz cuando,



como decía el Papa en una de sus homilías en Santa Marta durante los días de Cuaresma, experimentó la derrota. «No finge morir, no finge sufrir, está solo, abandonado...». Precisamente en una de las localidades más golpeadas por la epidemia, Albino, en Val Seriana (Bérgamo), se encuentran dos obras que testimonian la radicalidad de esta soledad humana de Cristo. Son obra de Giambattista Moroni, uno de los mayores retratistas del *Cinquecento*, que nació justo en Albino.

La primera es un *Crucifijo*, esta vez pintado, obra de Moroni. Se trata de un cuadro muy vertical conservado en la iglesia parroquial. Jesús se eleva solitario en la cruz ante un paisaje que todos en el lugar podrían reconocer como muy familiar. Jesús resulta así “cercano” a quien lo mira y al mismo tiempo aislado en su dolor. Es una imagen que, con una humildad y composición absolutamente reales, parece inclinarse para compartir la condición humana de quien se encuentra igual de solo al sufrir y a menudo morir en los hospitales. Muchos de ellos, paisanos de Moroni. Pero hay un toque en esa obra que rompe el asedio del dolor: el paño que viste a Jesús se mueve por un golpe de viento que el artista, en esta obra dominada por los grises, quiere remarcar con un color naranja vivo, casi como un palpito que trasuda el imprevisto de la Resurrección. Luego está el *Cristo cargando la cruz*,

El crucifijo de la iglesia de San Marcelo al Corso, Roma, que el papa Francisco ha querido tener en San Pedro durante la epidemia.





Detalle del retrato de san Sebastián en el estandarte procesional encargado a Vincenzo Foppa, en 1514, por la ciudad de Orzinuovi (Brescia).

custodiado en el Santuario de la Madonna del Llanto, también en Albino. Moroni lo pintó a tamaño natural y de perfil, como si lo hubiera estado siguiendo a su lado con una videocámara mientras subía al Calvario. Camina bajo el peso del madero y nos da a entender que camina con nosotros, compartiendo nuestras fatigas y sufrimientos. Su soledad viene a socorrer la nuestra. La pintura lombarda generó otra imagen impresionante de la soledad de Jesús en la Pasión: el cuadro de Moretto, conservado en la Pinacoteca Tosio Martinengo de Brescia, con Cristo sentado exhausto en los escalones del Pretorio, con la corona de espinas y la cruz esperándole. Se le ve humanamente abrumado por la sucesión de acontecimientos. Solo un ángel, también él roto de dolor, permanece junto a él.

En estos días dramáticos de coronavirus nos falta la experiencia del abrazo. No solo (ni tanto) el que resulta imposible en la vida cotidiana de la cuarentena, sino ese último abrazo a quien se va. En este caso el arte también ha documentado el tormento de esa distancia, como en el caso de tantos

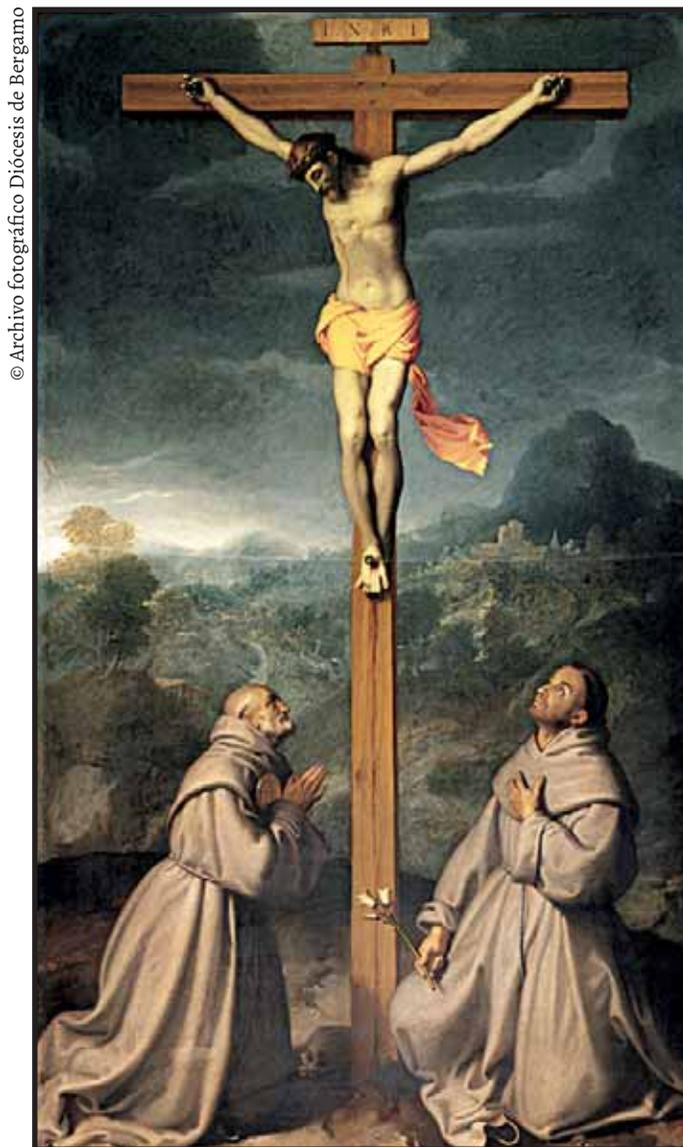
difuntos, empezando por la obra maestra de Niccolò dell'Arca en Bolonia. Todas las figuras rodean el cuerpo de Cristo, experimentando una separación que provoca un dolor lacerante. Lo ven pero no pueden estrecharlo entre sus brazos. Queda el grito que irrumpe de esas figuras, cuyo eco resuena hoy en la experiencia de tantos. Pero a veces el mismo episodio se resuelve de manera genial con imágenes que pueden servir de apoyo. Duccio en su *Majestad* y Giotto en la Capilla de los *Scrovegni* (y no son los únicos), al pintar la escena del Descendimiento, nos regalan dos detalles que dejan huella en el corazón. Vemos a María arrojándose sobre el cuerpo inerte del Hijo y estrechándolo. «Lo toma en sus manos como lo había tomado en sus manos más de treinta años antes en Belén», decía el Papa en sus meditaciones de Cuaresma en Santa Marta. La madre se inclina sobre él, anula todas las distancias con tal intensidad humana que hace pensar que ese gesto comprende también todos los abrazos que se han visto imposibilitados: es un abrazo que se dilata y también contempla en sí a los que han quedado dolorosamente privados de ello. Por lo demás, este vínculo físico entre madre e hijo dio lugar a uno de los motivos iconográficos más extraordinarios y amados, el de la Piedad. Nació en el ámbito alemán como *Vesperbild*, imágenes para la meditación de vísperas, y luego llegó a Italia dando lugar a

obras maestras que todos conservamos en nuestros ojos, desde la Piedad de Bellini a la de Miguel Ángel. El abrazo subió de rango y se convirtió en una manera de mantener el cuerpo del Hijo en el seno materno. Icono de un dolor sin medida, que se transfigura en “piedad”, es decir, se ensancha hasta comprender el dolor del mundo (comprender, es decir, tener consigo, pero también entender, atribuir un sentido).

Contra las epidemias y las pestes también los santos salen al ruedo. En Orzinuovi, uno de los centros de la Bassa bresciana más sacudidos por el coronavirus, en 1514 la ciudadanía encargó un estandarte procesional a Vincenzo Foppa, el patriarca de la pintura lombarda de cuya stirpe saldría Caravaggio. Por detrás están dos santos que mantenían la peste alejada, Rocco y Sebastián. El

rostro de este último es inolvidable, por su correspondencia incluso antropológica con el pueblo que le pedía protección. No como un vidente o un mago, sino concretamente como un escudo contra el mal, gracias también a la multiplicación exponencial de sus imágenes, en cuadros, frescos o simples estandartes procesionales como el de Orzinuovi. Que Sebastián era contemplado realmente como escudo en el sentido más concreto del término lo demuestra un extraordinario fresco de Benozzo Gozzoli en San Gimignano (Siena). La escena es compleja y sorprendente. Se ve al santo, de dimensiones gigantescas, sobre un pedestal en cuya base está el pueblo de los fieles que eleva la mirada hacia él lleno de gratitud. Sebastián tiene un manto, que unos ángeles mantienen abierto, para proteger a la multitud de las flechas portadoras del mal. De hecho, esas flechas chocan contra esta barrera proporcionada por Sebastián, el santo “escudo”. ¿Pero de dónde llueven las flechas? Esta es la desconcertante sorpresa de esta obra. Arriba, asistimos a una escena en la que se ve que es el mismo Dios con sus ángeles quien lanza este castigo a los hombres. Pero a sus pies, de rodillas, están Jesús y María haciendo de mediadores e implorándole misericordia. Jesús muestra la herida de su pecho como indicando que él ha cargado con nuestros pecados; María en cambio descubre su seno como sugiriendo, mediante su dimensión maternal, la súplica a la paternidad de Dios.

Que para salir de una epidemia una comunidad tenga que medirse igualmente con sus culpas es lo que creía firmemente otro santo ligado a una dramática peste, la que en 1576 sacudió Milán. Se trata de san Carlos Borromeo. Su *Memorial* a los milaneses es un reclamo extraordinario a la ciudad que tanto amaba. Desde el punto de vista de las imágenes, con ocasión de su fiesta, el 4 de noviembre, el Duomo de Milán exhibe los *Quadroni* que narran su historia y milagros. Entre ellos está el extraordinario lienzo pintado por Cerano durante su visita al Lazareto, donde se recogían los apestados: una documentación crónica y épica a la vez de un gran gesto de caridad pública por parte de un obispo santo que nunca dejó solo a su pueblo. ■



© Archivo fotográfico Diócesis de Bergamo

■
Giovan Battista Moroni, *Cristo en la cruz entre los santos Bernardino y Antonio de Padua* (1573-1575), iglesia de San Giuliano ad Albino (Bergamo).

¿QUÉ VAS A HACER HOY?

- LLAMAR A SERVICIOS SOCIALES PARA VER SI COMES HOY
- LLAMAR PARA PEDIR UNAS PIZZAS PARA CENAR



HAZTE DE CESAL Y PODREMOS COMPRAR ALIMENTOS
PARA CIENTOS DE FAMILIAS

TÚ NO TIENES QUE ELEGIR. MUCHAS PERSONAS, SI NO LES AYUDAMOS, SÍ.

EMERGENCIA ¡STOPCORONAVIRUS!



HAZTE SOCIO /A

<https://www.cesal.org/haztesocio>



DONA en <https://www.cesal.org/dona>
BBVA ES38 0182 0937 52 0011501928
SANTANDER ES78 0049 1811 35 2110259564

JULIÁN
CARRÓN
EL
DESPERTAR
DE LO
HUMANO

*Reflexiones de un tiempo
vertiginoso*

Julián Carrón
El despertar de lo humano.
Reflexiones de un tiempo vertiginoso
eBook y pdf disponibles
en clonline.org

Maurizio Vitali nació en 1951,
es periodista y dirigió esta revista
(*CL-Litterae Communionis*)
de 1977 a 1989.

El trabajo de la razón



Maurizio Vitali

En *El despertar de lo humano*, Julián Carrón reflexiona sobre la situación de emergencia en que nos encontramos debido al Covid19. Miles de muertos, casi la mitad de la población mundial obligada al distanciamiento social o al aislamiento en sus casas.

El autor se mide a rostro descubierto con las preguntas sobre el sentido que ha suscitado esta «explosión volcánica», captando el despertar que también ha provocado. En primer plano ha salido a la luz «nuestra fragilidad estructural» y al mismo tiempo la «grandeza» de nuestra aspiración vital.

¿Pero cómo y qué quiere decir estar como hombres ante esta circunstancia, ya sea luchando sobre el terreno contra la enfermedad o permaneciendo aislado en casa? Hay un punto firme: «No tenemos otro modo de caminar hacia nuestro cumplimiento fuera de las circunstancias en las que nos encontramos», tal como son. Es necesario, por tanto, «vivir intensamente lo real», no hay otro lugar de realización posible. Es vertiginoso. Sí, y no sería posible estar ante un vértigo así sin «una compañía humana».

¿Pero cuando la circunstancia tiene el rostro oscuro y sordo de la enfermedad o de la muerte que acecha y desencadena un miedo profundo? Aquí el autor ofrece la contribución –vvida personalmente– de la experiencia cristiana. «Por este motivo Dios se ha hecho hombre, se ha convertido en una presencia histórica, carnal, cercana, un compañero de camino», para que el hombre, «en cualquier situación en la que este se encuentre, pueda estar en pie ante ella, pueda atravesarla con una indestructible positividad última».

Para que estas afirmaciones resulten creíbles, hace falta “interceptar” personas en las que se documente «la victoria de Dios sobre el miedo y sobre la muerte», y «por tanto un modo nuevo de afrontar las circunstancias, lleno de una esperanza y de una alegría normalmente desconocidas».

¿Saldremos cambiados de la pandemia? Solo si empezamos a cambiar ahora, es decir, si nos damos cuenta de quién y qué nos ayuda a vivir hasta el fondo el instante en estas jornadas de aislamiento o lucha por combatir al virus. Este “trabajo” de la razón es lo único a lo que ningún decreto nos podrá obligar. A nosotros nos toca decidir hacerlo.





«No está aquí, ha resucitado»

Jerusalén, 16 de abril. En la entrada de la basílica del Santo Sepulcro, los preparativos de la Pascua ortodoxa que, según el calendario juliano, este año caía una semana después de la católica. Los ritos de la noche de Resurrección se retransmitieron por *streaming* para los fieles de todo el mundo, tal como sucedió con la Semana Santa celebrada por el Papa. En la Vigilia pascual de San Pedro, Francisco dijo: «El sepulcro es el lugar donde quien entra no sale. Pero Jesús salió por nosotros, resucitó por nosotros, para llevar vida donde había muerte, para comenzar una nueva historia que había sido clausurada, tapándola con una piedra. Él, que quitó la roca de la entrada de la tumba, puede remover las piedras que sellan el corazón».

Una sola palabra

Paolo aleja los ojos del ordenador, se levanta y mira por la ventana. Por la calle solo ve a una señora: mascarilla en la cara, guantes en las manos, camina lentamente, casi como si quisiera dilatar el tiempo al aire libre que le toca gracias a su perro. Claro, al aire libre, justo aquí, donde el virus ha golpeado con tanta vehemencia.

Son las diez. Es la hora de la pausa. Aunque en tiempos de teletrabajo uno se concede la pausa cuando quiere, el café tiene sus horarios, innegociables. Sobre todo si la jornada ha empezado cuesta arriba, con muchos pequeños líos molestos y muy pocas cosas concretas en la mano.

Paolo llega a la cocina, la cafetera está lista, la luz parpadea... pero desde su "despacho" llega el sonido del móvil. ¡En el mejor momento! «Si lo necesitas, vuelve a llamar», piensa, sin apartar la mirada de la cafetera. Es una llamada desde China, número desconocido. «Será un cliente... Otra batalla». Durante 16 años, Paolo trabajó y vivió en Oriente, en el sector de la alta tecnología. Luego volvió a Italia, pero mantiene sus contactos de trabajo.

«Hello...». «Paolo, soy Sue Xu». Su compañera de Shanghái durante diez años, cuántos cafés juntos. «Sue Xu, ¿cómo estás?». Se encuentra bien pero muchos a su alrededor han pasado por lo que nosotros ahora conocemos tan bien: hospitales, neumonías, distancia, muerte. Y allí no se bromea: el que no obedece tiene problemas.

Paolo le cuenta: ahora nos toca a nosotros, estamos hasta el cuello y quién sabe cuánto nos queda. Y cómo nos cambiará la vida después... Al llegar el momento de despedirse: «Paolo, te he llamado porque he oído que os faltan mascarillas. Quería mandarte algunas si me das tu dirección».

Paolo tarda en responder. Se ha quedado sin palabras. Después: «gracias», la calle, el número, la ciudad y adiós.

La luz de la cafetera ya no parpadea. Mientras cae el café, piensa: «Solo hay una palabra para esto: signo». ■



RIVAS VACIAMADRID · MADRID



Residencial RIVAS VILLAGE

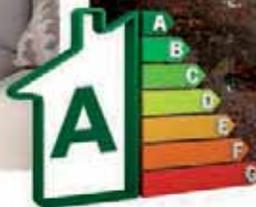
VERSATILIDAD DEL ESPACIO · ÚLTIMAS VIVIENDAS

4/5 dormitorios y 3 baños
Planta sótano y ático
Garaje subterráneo
Terraza, patio y jardín privado

desde
454.175 + IVA



EL CAÑAVERAL · MADRID



Residencial TORREVERAL

SEGUNDA FASE PRÓXIMO INICIO CONSTRUCCIÓN ¡Últimas viviendas!
TERCERA FASE ABIERTO PLAZO DE INSCRIPCIÓN

1, 2, 3 y 4 dormitorios, terraza, trastero y garaje
Piscina comunitaria y zonas ajardinadas

desde
140.916 € + IVA
Viviendas 1 dormitorio en fase III



INSCRÍBETE YA. Elección de vivienda por orden de inscripción.
Visita nuestras casetas comerciales ubicadas en los solares

900 525 222

NOVEDAD



242 páginas / 20€

disponible también



282 páginas / 20€

disponible también



236 páginas / 20€

disponible también

